



León Tolstói

La Sonata a  
Kreutzer

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA SONATA A KREUTZER**

**LEÓN TOLSTÓI**

**PUBLICADO: 1889**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

# ÍNDICE

<a href="#"><u>Capítulo I</u></a>	<a href="#"><u>2</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo II</u></a>	<a href="#"><u>7</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo III</u></a>	<a href="#"><u>11</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo IV</u></a>	<a href="#"><u>12</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo V</u></a>	<a href="#"><u>14</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo VI</u></a>	<a href="#"><u>16</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo VII</u></a>	<a href="#"><u>19</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo VIII</u></a>	<a href="#"><u>20</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo IX</u></a>	<a href="#"><u>22</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo X</u></a>	<a href="#"><u>24</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XI</u></a>	<a href="#"><u>25</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XII</u></a>	<a href="#"><u>27</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XIII</u></a>	<a href="#"><u>30</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XIV</u></a>	<a href="#"><u>33</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XV</u></a>	<a href="#"><u>35</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XVI</u></a>	<a href="#"><u>38</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XVII</u></a>	<a href="#"><u>42</u></a>

<u>Capítulo XVIII</u>	<u>45</u>
<u>Capítulo XIX</u>	<u>46</u>
<u>Capítulo XX</u>	<u>48</u>
<u>Capítulo XXI</u>	<u>50</u>
<u>Capítulo XXII</u>	<u>54</u>
<u>Capítulo XXIII</u>	<u>56</u>
<u>Capítulo XXIV</u>	<u>59</u>
<u>Capítulo XXV</u>	<u>61</u>
<u>Capítulo XXVI</u>	<u>64</u>
<u>Capítulo XXVII</u>	<u>67</u>
<u>Capítulo XXVIII</u>	<u>72</u>
<u>Lección de "La Sonata a Kreutzer"</u>	<u>75</u>

# CAPÍTULO I

Los viajeros entraban y salían de nuestro vagón en cada parada del tren. Tres personas, sin embargo, permanecieron, destinadas, como yo, a la estación más lejana: una dama ni joven ni bonita, fumando cigarrillos, con un rostro delgado, una gorra en la cabeza y vistiendo una prenda exterior semimasculina; luego su acompañante, un caballero muy locuaz de unos cuarenta años, con equipaje completamente nuevo y dispuesto de manera ordenada; y luego un caballero que se mantenía completamente al margen, de baja estatura, muy nervioso, de edad incierta, con ojos brillantes, no pronunciados en color, pero extremadamente atractivos, ojos que se movían rápidamente de un objeto a otro.

Este caballero, durante casi todo el viaje hasta ahora, no había entablado conversación con ningún compañero de viaje, como si evitara cuidadosamente toda familiaridad. Cuando le hablaban, respondía de manera cortante y decisiva, y comenzaba a mirar obstinadamente por la ventana del vagón.

Sin embargo, me parecía que la soledad le pesaba. Parecía percibir que yo entendía esto, y cuando nuestros ojos se encontraban, lo cual sucedía con frecuencia, ya que estábamos sentados casi uno frente al otro, desviaba la cabeza y evitaba conversar conmigo tanto como con los demás. Al anochecer, durante una parada en una gran estación, el caballero con el fino equipaje —un abogado, como supe más tarde— salió con su acompañante a tomar té en el restaurante. Durante su ausencia, varios viajeros nuevos entraron en el vagón, entre ellos un anciano alto, afeitado y arrugado, evidentemente un comerciante, vestido con un gran abrigo forrado y un gorro grande. Este comerciante se sentó frente a los asientos vacíos del abogado y su

acompañante, y de inmediato entabló conversación con un joven que parecía empleado de alguna casa comercial, y que también acababa de subir al tren. Al principio, el empleado había comentado que el asiento de enfrente estaba ocupado, y el anciano había respondido que se bajaría en la primera estación. Así comenzó su conversación.

Yo estaba sentado no muy lejos de estos dos viajeros y, como el tren no estaba en movimiento, podía captar fragmentos de su conversación cuando los demás no hablaban.

Primero hablaron de los precios de los bienes y la condición del negocio; se refirieron a una persona que ambos conocían; luego se sumergieron en la feria de Nizhni Nóvgorod. El empleado se jactaba de conocer a personas que llevaban una vida alegre allí, pero el anciano no le permitió continuar y, interrumpiéndolo, comenzó a describir las festividades del año anterior en Kounavino, en las que había participado. Evidentemente estaba orgulloso de estos recuerdos y, probablemente pensando que esto no restaría nada a la gravedad que su rostro y maneras expresaban, relató con orgullo cómo, estando borracho, había disparado en Kounavino una descarga tan grande que solo podía describírsele al oído del otro.

El empleado comenzó a reír ruidosamente. El anciano también se rió, mostrando dos largos dientes amarillos. Su conversación no me interesaba, así que salí del vagón para estirar las piernas. En la puerta me encontré con el abogado y su dama.

"Ya no tienes más tiempo", me dijo el abogado. "Están a punto de tocar la segunda campana."

De hecho, apenas había llegado al final del tren cuando sonó la campana. Al volver a entrar en el vagón, el abogado estaba conversando animadamente con su acompañante. El comerciante, sentado frente a ellos, estaba taciturno.

"Y luego ella le declaró claramente a su esposo", dijo el abogado con una sonrisa, mientras pasaba por su lado, "que no podía ni quería vivir con él, porque" ...

Y continuó, pero no escuché el resto de la frase, mi atención fue distraída por el paso del conductor y un nuevo viajero. Cuando se restauró el silen-

cio, volví a escuchar la voz del abogado. La conversación había pasado de un caso particular a consideraciones generales.

"Y luego vienen las discordias, las dificultades financieras, las disputas entre las dos partes, y la pareja se separa. En los buenos viejos tiempos eso rara vez sucedía. ¿No es así?" preguntó el abogado a los dos comerciantes, tratando evidentemente de arrastrarlos a la conversación.

Justo en ese momento el tren se puso en marcha, y el anciano, sin responder, se quitó el gorro y se persignó tres veces mientras murmuraba una oración. Cuando terminó, se puso el gorro bien abajo en la cabeza y dijo:

"Sí, señor, eso también sucedía en tiempos anteriores, pero no tan a menudo. En la actualidad es más frecuente. La gente se ha vuelto demasiado instruida".

El abogado le respondió al anciano, pero el tren, aumentando cada vez más su velocidad, hacía tanto ruido sobre los rieles que ya no podía oír claramente. Como me interesaba lo que decía el anciano, me acerqué. Mi vecino, el caballero nervioso, también parecía interesado y, sin cambiar de asiento, prestaba atención.

"Pero, ¿qué daño hay en la educación?" preguntó la dama, con una sonrisa apenas perceptible. "¿Sería mejor casarse como en los viejos tiempos, cuando los novios ni siquiera se veían antes del matrimonio?" continuó, respondiendo, como es costumbre de nuestras damas, no a las palabras que su interlocutor había pronunciado, sino a las palabras que ella creía que iba a pronunciar. "Las mujeres no sabían si iban a amar o ser amadas, y se casaban con el primero que llegaba, y sufrían toda la vida. ¿Entonces piensas que era mejor así?" continuó, dirigiéndose evidentemente al abogado y a mí, y no en absoluto al anciano.

"La gente se ha vuelto demasiado instruida", repitió el anciano, mirando a la dama con desprecio y dejando su pregunta sin respuesta.

"Me gustaría saber cómo explicas la correlación entre la educación y las diferencias conyugales", dijo el abogado, con una leve sonrisa.

El comerciante quería responder algo, pero la dama lo interrumpió.

"No, esos días han pasado."

El abogado cortó sus palabras:—

"Deje que exprese su pensamiento."

"Porque ya no hay más miedo", respondió el anciano.

"Pero, ¿cómo casarás a personas que no se aman? Solo los animales pueden ser apareados a voluntad de un propietario. Pero las personas tienen inclinaciones, afectos", se apresuró a decir la dama, echando una mirada al abogado, a mí e incluso al empleado, quien, de pie y apoyando el codo en el respaldo de un asiento, escuchaba la conversación con una sonrisa.

"Está equivocada al decir eso, señora", dijo el anciano. "Los animales son bestias, pero el hombre ha recibido la ley."

"Pero, sin embargo, ¿cómo se va a vivir con un hombre cuando no hay amor?" dijo la dama, evidentemente emocionada por la simpatía y atención general.

"Antiguamente no se hacían esas distinciones", dijo el anciano, gravemente. "Solo ahora se han convertido en parte de nuestros hábitos. Tan pronto como sucede la menor cosa, la esposa dice: 'Te libero. Voy a dejar tu casa.' Incluso entre los mujiks esta moda se ha aclimatado. 'Ahí', dice ella, 'aquí tienes tus camisas y calzoncillos. Me voy con Vanka. Su cabello es más rizado que el tuyo.' Solo ve y habla con ellos. Y sin embargo, la primera regla para la esposa debería ser el miedo."

El empleado miró al abogado, a la dama y a mí, evidentemente reprimiendo una sonrisa, y listo para ridiculizar o aprobar las palabras del comerciante, según la actitud de los demás.

"¿Qué miedo?" dijo la dama.

"Este miedo, — la esposa debe temer a su esposo; eso es lo que es el miedo."

"Oh, eso, mi pequeño padre, eso ha terminado."

"No, señora, eso no puede terminar. Como ella, Eva, la mujer, fue tomada de las costillas del hombre, así permanecerá hasta el fin del mundo", dijo el anciano, sacudiendo la cabeza tan triunfal y severamente que el empleado, decidiendo que la victoria estaba de su lado, estalló en una carcajada estruendosa.



"Sí, ustedes los hombres piensan así", respondió la dama, sin rendirse, y volviéndose hacia nosotros. "Ustedes se han dado libertad. En cuanto a la mujer, desean mantenerla en el serrallo. A ustedes, todo les es permisible. ¿No es así?"

"Oh, el hombre, — eso es otra cosa."

"Entonces, según usted, ¿al hombre todo le es permisible?"

"Nadie le da ese permiso; solo que, si el hombre se comporta mal fuera, la familia no aumenta por eso; pero la mujer, la esposa, es un vaso frágil", continuó el comerciante, severamente.

Su tono de autoridad evidentemente subyugó a sus oyentes. Incluso la dama se sintió aplastada, pero no se rindió.

"Sí, pero admitiré, creo, que la mujer es un ser humano y tiene sentimientos como su esposo. ¿Qué debería hacer si no ama a su esposo?"

"¡Si no lo ama!" repitió el anciano, tempestuosamente, y frunciendo el ceño; "pues, se le hará amarlo."

Este argumento inesperado complació al empleado, y emitió un murmullo de aprobación.

"Oh, no, no se le obligará", dijo la dama. "Donde no hay amor, no se puede obligar a amar a pesar de uno mismo."

"Y si la esposa engaña a su esposo, ¿qué se hace?" dijo el abogado.

"Eso no debería suceder", dijo el anciano. "Él debe tener los ojos abiertos."

"Y si sucede, de todos modos? Admitiré que sucede."

"Sucede entre las clases altas, no entre nosotros", respondió el anciano. "Y si se encuentra algún esposo que sea tan tonto como para no gobernar a su esposa, no le habrá robado. Pero sin escándalos, sin embargo. Se ame o no, pero no se perturbe el hogar. Todo esposo puede gobernar a su esposa. Tiene el poder necesario. Solo el imbécil no logra hacerlo."

Todos se quedaron en silencio. El empleado se movió, avanzó y, no queriendo quedarse atrás en la conversación, comenzó con su eterna sonrisa:

"Sí, en la casa de nuestro empleador, ha surgido un escándalo, y es muy difícil ver claramente el asunto. La esposa amaba divertirse y comenzó a desviarse. Él es un hombre capaz y serio. Primero fue con el contable. El esposo intentó hacerla entrar en razón con amabilidad. Ella no cambió su conducta. Se sumergió en todo tipo de bestialidades. Empezó a robarle el dinero. Él la golpeó, pero ella empeoró más y más. A un no bautizado, a un pagano, a un judío (con su permiso), sucesivamente acudió para sus caricias. ¿Qué podía hacer el empleador? La ha dejado por completo y ahora vive como soltero. En cuanto a ella, se arrastra en la miseria."

"Es un imbécil", dijo el anciano. "Si desde el principio no le hubiera permitido ir a su manera, y hubiera mantenido una mano firme sobre ella, estaría viviendo honestamente, sin peligro. La libertad debe quitársele desde el principio. No confíes en tu caballo en la carretera. No confíes en tu esposa en casa."

En ese momento pasó el conductor, pidiendo los billetes para la próxima estación. El anciano entregó el suyo.

"Sí, el sexo femenino debe ser dominado a tiempo, si no, todo perecerá."

"Y ustedes mismos, en Kounavino, ¿no llevaban una vida alegre con las chicas bonitas?" preguntó el abogado con una sonrisa.

"Oh, eso es otra cosa", dijo el comerciante, severamente. "Adiós", añadió, levantándose. Se envolvió en su capa, levantó su gorro y, tomando su bolsa, salió del vagón.

## CAPÍTULO II

Apenas había salido el anciano cuando comenzó una conversación general.

"Ahí tienen a un pequeño padre del Antiguo Testamento", dijo el empleado.

"Él es un Domostroy",[1] dijo la dama. "¡Qué ideas tan salvajes sobre la mujer y el matrimonio!"

"Sí, señores", dijo el abogado, "todavía estamos muy lejos de las ideas europeas sobre el matrimonio. Primero, los derechos de la mujer, luego el matrimonio libre, luego el divorcio, como una cuestión aún no resuelta." . . .

"Lo principal, y lo que personas como él no entienden", replicó la dama, "es que solo el amor consagra el matrimonio, y que el verdadero matrimonio es aquel que está consagrado por el amor."

El empleado escuchaba y sonreía, con aire de quien acostumbra almacenar en su memoria toda conversación inteligente que oye, para hacer uso de ella después.

"Pero, ¿qué es este amor que consagra el matrimonio?" dijo, de repente, la voz del caballero nervioso y taciturno, que, sin que nos diéramos cuenta, se había acercado.

Estaba de pie con la mano en el asiento, y evidentemente agitado. Su rostro estaba rojo, una vena en su frente estaba hinchada, y los músculos de sus mejillas temblaban.

"¿Qué es este amor que consagra el matrimonio?" repitió.

"¿Qué amor?" dijo la dama. "El amor ordinario de marido y mujer."

"Y entonces, ¿cómo puede el amor ordinario consagrar el matrimonio?" continuó el caballero nervioso, todavía excitado y con aire de disgusto. Parecía querer decir algo desagradable a la dama. Ella lo sintió y comenzó a agitarse.

"¿Cómo? Muy sencillo", dijo ella.

El caballero nervioso se apoderó de la palabra en cuanto salió de sus labios.

"No, no es sencillo."

"La señora dice", intercedió el abogado indicando a su compañera, "que el matrimonio debería ser primero el resultado de un afecto, de un amor, si quiere, y que, cuando existe amor, y solo en ese caso, el matrimonio representa algo sagrado. Pero todo matrimonio que no se basa en un afecto natural, en el amor, no tiene en él nada que sea moralmente obligatorio. ¿No es esa la idea que quería transmitir?" preguntó a la dama.

La dama, con un gesto de cabeza, expresó su aprobación a esta traducción de sus pensamientos.

"Entonces", retomó el abogado, continuando sus comentarios.

Pero el caballero nervioso, evidentemente apenas capaz de contenerse, sin dejar que el abogado terminara, preguntó:

"Sí, señor. Pero, ¿qué debemos entender por este amor que solo consagra el matrimonio?"

"Todo el mundo sabe lo que es el amor", dijo la dama.

"Pero yo no sé, y me gustaría saber cómo lo define."

"¿Cómo? Es muy sencillo", dijo la dama.

Y pareció pensativa, y luego dijo:

"Amor... amor... es una preferencia por un hombre o una mujer en exclusión de todos los demás. . . ."

"¿Una preferencia por cuánto tiempo?... ¿Por un mes, dos días, o media hora?" dijo el caballero nervioso, con especial irritación.

"No, permítame, evidentemente no está hablando de lo mismo."

"Sí, estoy hablando absolutamente de lo mismo. De la preferencia por un hombre o una mujer en exclusión de todos los demás. Pero pregunto: ¿una preferencia por cuánto tiempo?"

"¿Por cuánto tiempo? Por mucho tiempo, a veces por toda una vida."

"Pero eso solo sucede en las novelas. En la vida, nunca. En la vida, esta preferencia por uno en exclusión de todos los demás dura en casos raros varios años, más a menudo varios meses, o incluso semanas, días, horas. . . ."

"Oh, señor. Oh, no, no, permítame", dijimos los tres al mismo tiempo.

El propio empleado emitió un monosílabo de desaprobación.

"Sí, lo sé", dijo él, gritando más fuerte que todos nosotros; "ustedes hablan de lo que se cree que existe, y yo hablo de lo que es. Cada hombre siente lo que ustedes llaman amor hacia cada mujer bonita que ve, y muy poco hacia su esposa. De ahí el proverbio, y es cierto, 'La esposa de otro es un cisne blanco, y la nuestra es ajénjo amargo.'"

"¡Ah, pero lo que dices es terrible! Ciertamente existe entre los seres humanos este sentimiento que se llama amor, y que dura, no meses y años, sino toda la vida."

"No, eso no existe. Incluso si se admitiera que Menelao hubiera preferido a Helena toda su vida, Helena habría preferido a París; y así ha sido, es, y será eternamente. Y no puede ser de otra manera, así como no puede suceder que, en un montón de garbanzos, dos garbanzos marcados con un signo especial caigan uno al lado del otro. Además, esto no es solo una improbabilidad, sino que es seguro que a Helena o a Menelao les llegará un sentimiento de saciedad. La única diferencia es que a uno le llega antes, al otro más tarde. Solo en las novelas tontas se escribe que 'se amaron toda la vida.' Y solo los niños pueden creerlo. Hablar de amar a un hombre o una mujer toda la vida es como decir que una vela puede arder para siempre."

"Pero estás hablando de amor físico. ¿No admites un amor basado en la conformidad de ideales, en una afinidad espiritual?"

"¿Por qué no? Pero en ese caso no es necesario procrear juntos (disculpen mi brutalidad). El punto es que esta conformidad de ideales no se encuentra entre personas mayores, sino entre jóvenes y bonitos," dijo él, y comenzó a reír desagradablemente.

"Sí, afirmo que el amor, el amor verdadero, no consagra el matrimonio, como estamos acostumbrados a creer, sino que, por el contrario, lo arruina."

"Permítame", dijo el abogado. "Los hechos contradicen sus palabras. Veamos que el matrimonio existe, que toda la humanidad, al menos la mayor parte, vive conyugalmente, y que muchos esposos y esposas terminan honestamente una larga vida juntos."

El caballero nervioso sonrió maliciosamente.

"¿Y qué? Usted dice que el matrimonio se basa en el amor, y cuando expreso una duda sobre la existencia de cualquier otro amor que no sea el amor sensual, usted me prueba la existencia del amor por el matrimonio. Pero en nuestros días el matrimonio es solo una violencia y una falsedad."

"No, discúlpeme", dijo el abogado. "Solo digo que los matrimonios han existido y existen."

"Pero, ¿cómo y por qué existen? Han existido, y existen, para personas que han visto, y ven, en el matrimonio algo sacramental, un sacramento que es vinculante ante Dios. Para tales personas existen los matrimonios, pero para nosotros son solo hipocresía y violencia. Lo sentimos, y, para aclararnos, predicamos el amor libre; pero, en realidad, predicar el amor libre es solo un llamado hacia atrás a la promiscuidad de los sexos (disculpe, dijo a la dama), el pecado fortuito de ciertos raskolniks. El viejo fundamento está destrozado; debemos construir uno nuevo, pero no debemos predicar la disolución."

Se calentó tanto que todos se quedaron en silencio, mirándolo con asombro.

"Y sin embargo, el estado de transición es terrible. La gente siente que el pecado fortuito es inadmisibles. Es necesario de alguna manera u otra regular las relaciones sexuales; pero no existe otro fundamento que el antiguo, en el que nadie cree ya. La gente se casa a la antigua usanza, sin creer en lo que hace, y el resultado es falsedad, violencia. Cuando es solo falsedad, se soporta fácilmente. El esposo y la esposa simplemente engañan al mundo

profesando vivir monogámicamente. Si realmente son polígamos y poliándricos, es malo

, pero aceptable. Pero cuando, como a menudo sucede, el esposo y la esposa han asumido la obligación de vivir juntos toda su vida (ellos mismos no saben por qué), y desde el segundo mes ya tienen el deseo de separarse, pero siguen viviendo juntos de todos modos, entonces viene esa existencia infernal en la que recurren a la bebida, en la que disparan revólveres, en la que se asesinan entre sí, en la que se envenenan."

Todos se quedaron en silencio, pero nos sentimos incómodos.

"Sí, estos episodios críticos ocurren en la vida marital. Por ejemplo, está el caso de Posdnicheff," dijo el abogado, deseando detener la conversación en este terreno embarazoso y demasiado emocionante. "¿Han leído cómo mató a su esposa por celos?"

La dama dijo que no lo había leído. El caballero nervioso no dijo nada, y cambió de color.

"Veo que han adivinado quién soy", dijo él, de repente, después de una pausa.

"No, no he tenido ese placer."

"No es un gran placer. Soy Posdnicheff."

Nuevo silencio. Se ruborizó, luego palideció de nuevo.

"Pero qué importa, sin embargo?" dijo él. "Disculpen, no quiero incomodarlos."

Y retomó su antiguo asiento.

[1] El Domostroy es un código matrimonial de la época de Iván el Terrible.

## CAPÍTULO III

Reanudé mi asiento, también. El abogado y la dama susurraban entre sí. Yo estaba sentado junto a Posdnicheff y mantuve el silencio. Deseaba hablar con él, pero no sabía cómo empezar, y así pasó una hora hasta que llegamos a la siguiente estación.

Allí se bajaron el abogado y la dama, así como el empleado. Nos quedamos solos, Posdnicheff y yo.

"Ellos lo dicen, y mienten, o no entienden", dijo Posdnicheff.

"¿De qué hablas?"

"Por supuesto, del mismo tema."

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y las manos contra las sienes.

"Amor, matrimonio, familia, —todo mentiras, mentiras, mentiras."

Se levantó, bajó la pantalla de la lámpara, se acostó con los codos en el cojín y cerró los ojos. Permaneció así durante un minuto.

"¿Te resulta desagradable quedarte conmigo ahora que sabes quién soy?"

"Oh, no."

"¿No tienes deseos de dormir?"

"En absoluto."

"Entonces, ¿quieres que te cuente la historia de mi vida?"



Justo en ese momento pasó el conductor. Posdnicheff lo siguió con una mirada de mal genio y no comenzó a hablar hasta que se fue de nuevo. Luego, durante el resto del relato, no se detuvo ni una sola vez. Incluso los nuevos viajeros que entraban no lo detuvieron.

Su rostro, mientras hablaba, cambió varias veces tan completamente que no guardaba absolutamente ninguna semejanza consigo mismo como había aparecido justo antes. Sus ojos, su boca, su bigote e incluso su barba, todo era nuevo. Cada vez era una fisonomía hermosa y conmovedora, y estas transformaciones se producían repentinamente en la penumbra; y durante cinco minutos era la misma cara, que no podía compararse con la de cinco minutos antes. Y luego, no sé cómo, cambiaba de nuevo y se volvía irreconocible.

## CAPÍTULO IV

"Bueno, entonces voy a contarte mi vida, y mi historia completa, terrible, sí, terrible. Y la historia en sí misma es más espantosa que el resultado."

Se quedó en silencio por un momento, pasó sus manos sobre sus ojos y comenzó: —

"Para ser entendido claramente, todo debe contarse desde el principio. Debe contarse cómo y por qué me casé, y lo que era antes de mi matrimonio. Primero, te diré quién soy. Hijo de un rico señor de las estepas, un antiguo mariscal de la nobleza, fui alumno universitario, graduado de la facultad de derecho. Me casé a los treinta años. Pero antes de hablarte de mi matrimonio, debo contarte cómo vivía anteriormente, y qué ideas tenía sobre la vida conyugal. Llevé la vida de tantos otros llamados respetables, es decir, en la disipación. Y como la mayoría, mientras llevaba la vida de un disoluto, estaba convencido de ser un hombre de moralidad irreprochable.

"La idea que tenía de mi moralidad surgía del hecho de que en mi familia no se conocían esas disipaciones especiales, tan comunes en los entornos de los terratenientes, y también del hecho de que mi padre y mi madre no se engañaban mutuamente. En consecuencia de esto, desde niño había construido un sueño de vida conyugal alta y poética. Mi esposa iba a ser la perfección misma, nuestro amor mutuo incomparable, la pureza de nuestra vida conyugal inmaculada. Pensaba así, y al mismo tiempo me maravillaba de la nobleza de mis proyectos.

"Al mismo tiempo, pasé diez años de mi vida adulta sin apresurarme hacia el matrimonio, y llevé lo que llamaba la vida bien regulada y razonable

de un soltero. Estaba orgulloso de ello ante mis amigos y ante todos los hombres de mi edad que se abandonaban a todo tipo de refinamientos especiales. No era un seductor, no tenía gustos antinaturales, no hacía de la disipación el principal objeto de mi vida; pero encontraba placer dentro de los límites de las reglas de la sociedad, e inocentemente me creía un ser profundamente moral. Las mujeres con las que tenía relaciones no me pertenecían solo a mí, y no les pedía nada más que el placer del momento.

"En todo esto no veía nada anormal. Al contrario, del hecho de que no comprometía mi corazón, sino que pagaba en efectivo, suponía que era honesto. Evitaba a aquellas mujeres que, al apegarse a mí, o presentarme un hijo, podrían vincular mi futuro. Además, quizás haya habido hijos o apegos; pero lo arreglé de manera que no pudiera darme cuenta de ellos.

"Y viviendo así, me consideraba un hombre perfectamente honesto. No entendía que la disipación no consiste simplemente en actos físicos, que por más que la ignominia física aún no constituye la disipación, y que la verdadera disipación consiste en la libertad de los lazos morales hacia una mujer con la que uno entra en relaciones carnales, y consideraba ESTA LIBERTAD como un mérito. Recuerdo que una vez me torturé enormemente por haber olvidado pagar a una mujer que probablemente se había entregado a mí por amor. Solo me tranquilicé cuando, habiéndole enviado el dinero, le había mostrado así que no me consideraba de ninguna manera vinculado a ella. Oh, no asientas con la cabeza como si estuvieras de acuerdo conmigo (gritó de repente con vehemencia). Conozco esos trucos. Todos ustedes, y tú especialmente, si no eres una rara excepción, tienen las mismas ideas que yo tenía entonces. Si estás de acuerdo conmigo, es solo ahora. Antes no pensabas así. Yo tampoco; y, si me hubieran dicho lo que acabo de decirte, lo que ha sucedido no habría sucedido. Sin embargo, da igual. Disculpa (continuó): la verdad es que es espantoso, espantoso, espantoso, este abismo de errores y disipaciones en el que vivimos frente a la verdadera cuestión de los derechos de la mujer." . . .

"¿A qué te refieres con la 'verdadera' cuestión de los derechos de la mujer?"

"La cuestión de la naturaleza de este ser especial, organizado de manera diferente al hombre, y cómo este ser y el hombre deben considerar a la esposa. . . ."



## CAPÍTULO V

"Sí: durante diez años viví la existencia más repugnante, mientras soñaba con el amor más noble, e incluso en nombre de ese amor. Sí, quiero contarte cómo maté a mi esposa, y para eso debo contarte cómo me corrompí. La maté antes de conocerla.

"Mate a LA esposa cuando probé por primera vez los placeres sensuales sin amor, y fue entonces cuando maté a MI esposa. Sí, señor: solo después de haber sufrido, después de haberme torturado, he llegado a comprender la raíz de las cosas, he llegado a comprender mis crímenes. Así verás dónde y cómo comenzó el drama que me ha llevado a la desgracia.

"Es necesario remontarse a mis dieciséis años, cuando todavía estaba en la escuela, y mi hermano mayor era un estudiante de primer año. Todavía no había conocido mujeres, pero, como todos los desgraciados niños de nuestra sociedad, ya no era inocente. Estaba torturado, como tú, estoy seguro, y como lo están el noventa y nueve por ciento de nuestros muchachos. Vivía en un temor espantoso, rezaba a Dios, y me postraba.

"Ya estaba pervertido en la imaginación, pero faltaba dar los últimos pasos. Todavía podía escapar, cuando un amigo de mi hermano, un estudiante muy alegre, uno de esos que se llaman buenos muchachos, —es decir, los mayores granujas— y que nos había enseñado a beber y jugar a las cartas, aprovechó una noche de intoxicación para arrastrarnos ALLÍ. Empezamos. Mi hermano, tan inocente como yo, cayó esa noche, y yo, un simple muchacho de dieciséis años, me corrompí y ayudé a corromper a una hermana-mujer, sin entender lo que hacía. Nunca había oído a mis mayores que lo

que así hacía era malo. Es cierto que existen los diez mandamientos de la Biblia; pero los mandamientos solo se hacen para recitarlos ante los sacerdotes en los exámenes, e incluso entonces no son tan exigentes como los mandamientos en cuanto al uso de ut en proposiciones condicionales.

"Así, de mis mayores, cuya opinión estimaba, nunca había oído que esto fuera reprobable. Al contrario, había oído a personas que respetaba decir que era bueno. Había oído que mis luchas y mis sufrimientos se aplacarían después de este acto. Lo había oído y leído. Había oído a mis mayores que era excelente para la salud, y mis amigos siempre parecían creer que contenía no sé qué mérito y valor. Así que no se ve en ello más que lo que es loable. En cuanto al peligro de la enfermedad, es un peligro previsto. ¿No protege contra él el gobierno? E incluso la ciencia nos corrompe."

"¿Cómo así, la ciencia?" pregunté.

"¿Por qué, los médicos, los pontífices de la ciencia? ¿Quiénes corrompen a los jóvenes estableciendo tales reglas de higiene? ¿Quiénes corrompen a las mujeres ideando y enseñándoles formas de no tener hijos?"

"Sí: si solo una centésima parte de los esfuerzos empleados en curar enfermedades se empleara en curar la disipación, la enfermedad habría dejado de existir hace mucho tiempo, mientras que ahora todos los esfuerzos se emplean, no en extirpar la disipación, sino en favorecerla, asegurando la inocuidad de las consecuencias. Además, no es una cuestión de eso. Se trata de esta cosa espantosa que me ha sucedido a mí, como les sucede a nueve décimos, si no más, no solo de los hombres de nuestra sociedad, sino de todas las sociedades, incluso los campesinos, —esta cosa espantosa de que había caído, y no porque estuviera sometido a la seducción natural de cierta mujer. No, ninguna mujer me sedujo. Caí porque el entorno en el que me encontraba veía en esta cosa degradante solo una función legítima, útil para la salud; porque otros lo veían simplemente como un entretenimiento natural, no solo excusable, sino incluso inocente en un joven. No entendí que era una caída, y comencé a entregarme a esos placeres (en parte por deseo y en parte por necesidad) que me llevaron a creer que eran característicos de mi edad, igual que había comenzado a beber y fumar.

"Y sin embargo, había en esta primera caída algo peculiar y conmovedor. Recuerdo que de inmediato me llené de una tristeza tan profunda que tuve ganas de llorar, de llorar por la pérdida para siempre de mis relaciones con

la mujer. Sí, mis relaciones con la mujer se perdieron para siempre. Ya no podía tener relaciones puras con las mujeres, desde ese momento en adelante. Me había convertido en lo que se llama un voluptuoso; y ser un voluptuoso es una condición física como la condición de una víctima del hábito de la morfina, de un borracho y de un fumador.

"Así como la víctima del hábito de la morfina, el borracho, el fumador, ya no es un hombre normal, así el hombre que ha conocido a varias mujeres para su placer ya no es normal? Es anormal para siempre. Es un voluptuoso. Así como el borracho y la víctima del hábito de la morfina pueden ser reconocidos por su rostro y su manera de ser, así podemos reconocer a un voluptuoso. Puede reprimirse y luchar, pero nunca más disfrutará de relaciones simples, puras y fraternales con la mujer. Por su forma de mirar a una joven, podemos reconocer de inmediato a un voluptuoso; y yo me convertí en un voluptuoso, y lo he sido siempre."

## CAPÍTULO VI

"Sí, así es; y eso fue a más y más con todo tipo de variaciones. ¡Dios mío! Cuando recuerdo todos mis actos cobardes y malas acciones, me asusto. Y recuerdo a ese 'yo' que, durante ese período, todavía era el blanco de las burlas de sus compañeros por su inocencia.

"Y cuando escucho a la gente hablar de la juventud dorada, de los oficiales, de los parisinos, y de todos estos caballeros, y de mí mismo, viviendo vidas salvajes a los treinta años, y que tenemos en nuestras conciencias cientos de crímenes hacia las mujeres, terribles y variados, cuando entramos en un salón o en un salón de baile, lavados, afeitados y perfumados, con lencería muy blanca, en trajes de etiqueta o en uniforme, como emblemas de pureza, ¡oh, el asco! Seguramente vendrá un tiempo, una época, en que todas estas vidas y toda esta cobardía serán desveladas.

"Así, sin embargo, viví, hasta los treinta años, sin abandonar ni un minuto mi intención de casarme y construir una elevada vida conyugal; y con esto en mente observé a todas las jóvenes que podrían convenirme. Estaba enterrado en la podredumbre, y al mismo tiempo buscaba vírgenes, cuya pureza fuera digna de mí. Muchas fueron rechazadas: ¡no me parecían lo suficientemente puras!

"Finalmente encontré una que consideré a mi nivel. Era una de las dos hijas de un terrateniente de Penza, anteriormente muy rico y desde entonces arruinado. A decir verdad, sin falsa modestia, me persiguieron y finalmente me capturaron. La madre (el padre estaba ausente) tendió todo tipo de trampas, y una de ellas, un viaje en barco, decidió mi futuro.



"Tomé una decisión al final del mencionado viaje una noche, a la luz de la luna, de regreso a casa, mientras estaba sentado a su lado. Admiré su esbelto cuerpo, cuya encantadora forma era moldeada por un jersey, y su pelo rizado, y de repente concluí que ELLA ERA LA INDICADA. Me pareció en esa hermosa tarde que ella entendía todo lo que yo pensaba y sentía, y pensaba y sentía las cosas más elevadas.

"Realmente, era solo el jersey lo que le quedaba tan bien, y su pelo rizado, y también el hecho de que había pasado el día a su lado, y que deseaba una relación más íntima.

"Regresé a casa entusiasmado, y me convencí a mí mismo de que ella realizaba la más alta perfección, y que por esa razón era digna de ser mi esposa, y al día siguiente le hice una propuesta de matrimonio.

"No, digan lo que digan, vivimos en un abismo de falsedad tal, que, a menos que algún evento nos golpee en la cabeza, como en mi caso, no podemos despertar. ¡Qué confusión! De los miles de hombres que se casan, no solo entre nosotros, sino también entre la gente, apenas encontrarás a uno solo que no se haya casado previamente al menos diez veces. (Es cierto que ahora existen, al menos eso he oído, jóvenes puros que sienten y saben que esto no es una broma, sino un asunto serio. ¡Que Dios les ayude! Pero en mi época no se encontraba ni uno en mil).

"Y todos lo saben, y pretenden no saberlo. En todas las novelas se describen hasta los más mínimos detalles los sentimientos de los personajes, los lagos y zarzas alrededor de los cuales caminan; pero, cuando se trata de describir su GRAN amor, no se susurra ni una palabra sobre lo que ÉL, el personaje interesante, ha hecho previamente, ni una palabra sobre sus visitas a casas de mala reputación, o su asociación con niñeras, cocineras y las esposas de otros.

"Y si se dice algo de estas cosas, tales novelas IMPROPIAS no se permiten en manos de jóvenes. Todos los hombres dan la impresión de creer, en presencia de doncellas, que estos placeres corruptos, en los que PARTICIPA TODO EL MUNDO, no existen, o existen solo en una medida muy pequeña. Fingen con tanto cuidado que logran convencerse de ello. En cuanto a las pobres jóvenes, ellas lo creen bastante en serio, igual que mi pobre esposa lo creyó."

"Recuerdo que, estando ya comprometido, le mostré mis 'memorias', de las cuales ella podría aprender más o menos sobre mi pasado, y especialmente sobre mi última relación que ella podría haber descubierto a través del chisme de algún tercero. Fue por esta última razón, de hecho, que sentí la necesidad de comunicarle estas memorias. Todavía puedo ver su miedo, su desesperación, su desconcierto, cuando lo había aprendido y entendido. Estuvo a punto de romper el compromiso. ¡Qué suerte habría sido para ambos!"

Posdnicheff guardó silencio por un momento y luego continuó: —

"Después de todo, ¡no! Es mejor que las cosas hayan sucedido como sucedieron, ¡mejor!" exclamó. "Fue bueno para mí. Además, no importa. Decía que en estos casos son las pobres jóvenes quienes son engañadas. En cuanto a las madres, especialmente las madres, informadas por sus esposos, saben todo, y, mientras fingen creer en la pureza del joven, actúan como si no creyeran en ella.

"Saben qué cebo deben ofrecer a la gente para ellas mismas y sus hijas. Nosotros, los hombres, pecamos por ignorancia y por la determinación de no aprender. En cuanto a las mujeres, saben muy bien que el amor más noble y poético, como lo llamamos, depende, no de cualidades morales, sino de la intimidad física, y también de la manera de hacerse el pelo, y del color y la forma.

"Pregunta a una coqueta experimentada, que se ha propuesto seducir a un hombre, qué preferiría: ser condenada, en presencia del hombre que está conquistando, por mentira, perversidad, crueldad, o aparecer ante él con un vestido mal ajustado o de un color poco favorecedor. Preferirá la primera alternativa. Sabe muy bien que simplemente mentimos cuando hablamos de nuestros elevados sentimientos, que buscamos solo la posesión de su cuerpo, y que por eso le perdonaremos todo tipo de bajeza, pero no le perdonaremos un traje de un tono feo, sin gusto ni ajuste.

"Y estas cosas las sabe por razón, mientras que la doncella las conoce solo por instinto, como el animal. De ahí estos jerseys abominables, estos jorobas artificiales en la espalda, estos hombros, brazos y cuellos descubiertos.

"Las mujeres, especialmente aquellas que han pasado por la escuela del matrimonio, saben muy bien que las conversaciones sobre temas elevados son solo conversaciones, y que el hombre busca y desea el cuerpo y todo lo que adorna el cuerpo. Por consiguiente, actúan en consecuencia. Si rechazamos las explicaciones convencionales y observamos la vida de nuestras clases alta y baja tal como es, con toda su desvergüenza, es solo una vasta perversidad. ¿No comparte esta opinión? Permítame, voy a demostrarlo (dijo él, interrumpiéndome).

"Usted dice que las mujeres de nuestra sociedad viven por un interés diferente al que motiva a las mujeres caídas. Y yo digo que no, y voy a demostrarlo. Si los seres difieren entre sí según el propósito de su vida, según su VIDA INTERIOR, esto necesariamente se reflejará también en su VIDA EXTERIOR, y su exterior será muy diferente. Bueno, entonces, compare a la desgraciada, la despreciada, con las mujeres de la más alta sociedad: los mismos vestidos, las mismas modas, los mismos perfumes, la misma pasión por las joyas, por artículos brillantes y muy caros, las mismas diversiones, bailes, música y canciones. Las primeras atraen por todos los medios posibles; lo mismo hacen las últimas. No hay diferencia, ¡ninguna!

"Sí, y yo también fui cautivado por jerseys, bustles y pelo rizado."

## CAPÍTULO VII

"Y fue muy fácil capturarme, ya que me criaron en condiciones artificiales, como los pepinos en un invernadero. Nuestra alimentación demasiado abundante, junto con la completa inactividad física, no es más que una excitación sistemática de la imaginación. Los hombres de nuestra sociedad son alimentados y mantenidos como sementales reproductores. Es suficiente cerrar la válvula, es decir, que un joven viva una vida tranquila durante algún tiempo, para producir como resultado inmediato una inquietud, que, exagerada por la reflexión a través del prisma de nuestra vida antinatural, provoca la ilusión del amor.

"Todas nuestras idilios y matrimonios, todos, son en su mayor parte el resultado de nuestra alimentación. ¿Eso te asombra? Por mi parte, me asombra que no lo veamos. No muy lejos de mi finca, esta primavera, algunos mujiks trabajaban en un terraplén ferroviario. Sabes cuál es la comida de un campesino: pan, kvass,[2] cebollas. Con esta alimentación frugal vive, está alerta, hace un trabajo ligero en los campos. Pero en el ferrocarril este menú se convierte en cachá y una libra de carne. Solo que esta carne la restablece con dieciséis horas de labor empujando cargas de mil doscientas libras.

"Y nosotros, que comemos dos libras de carne y caza, nosotros que absorbemos todo tipo de bebidas y alimentos calientes, ¿cómo lo gastamos? En excesos sensuales. Si la válvula está abierta, todo va bien; pero ciérrala, como la había cerrado temporalmente antes de mi matrimonio, e inmediatamente resultará una excitación que, deformada por novelas, versos, música, por nuestra vida ociosa y lujosa, dará un amor de la mejor agua. Yo también me enamoré, como lo hace todo el mundo, y hubo transportes, emociones,

poesía; pero realmente toda esta pasión fue preparada por mamá y las modistas. Si no hubiera habido viajes en barco, no hubiera habido prendas bien ajustadas, etc., si mi esposa hubiera llevado una blusa informe y la hubiera visto así en su casa, no me habría seducido."

[2] Kvass, una especie de sidra.

## CAPÍTULO VIII

"Y fíjate, también, en esta falsedad, de la cual todos son culpables; la forma en que se realizan los matrimonios. ¿Qué podría ser más natural? La joven está en edad de casarse, debería casarse. ¿Qué más sencillo, siempre y cuando la joven no sea un monstruo, y se encuentren hombres con deseos de casarse? Bueno, no, aquí comienza una nueva hipocresía.

"Antiguamente, cuando la doncella llegaba a una edad favorable, sus padres arreglaban su matrimonio. Eso se hacía, eso se hace aún, en toda la humanidad, entre los chinos, los hindúes, los musulmanes, y también entre nuestra gente común. Las cosas se manejan así en al menos el noventa y nueve por ciento de las familias de toda la raza humana.

"Solo nosotros, los disolutos, hemos imaginado que este modo era malo, y hemos inventado otro. Y este otro, ¿qué es? Es esto. Las jóvenes están sentadas, y los caballeros caminan ante ellas, como en un bazar, y hacen su elección. Las doncellas esperan y piensan, pero no se atreven a decir: 'Tómame a mí, joven, a mí y no a ella. Mira estos hombros y lo demás.' Nosotros, los hombres, caminamos y estimamos la mercancía, y luego discurrimos sobre los derechos de la mujer, sobre la libertad que ella adquiere, no sé cómo, en los salones teatrales."

"Pero, ¿qué se debe hacer?" le dije. "¿Debería la mujer tomar la iniciativa?"

"No lo sé. Pero, si es una cuestión de igualdad, que la igualdad sea completa. Aunque se ha encontrado que concertar matrimonios a través de intermediarios es humillante, es no obstante mil veces preferible a nuestro siste-

ma. Allí los derechos y las posibilidades son iguales; aquí la mujer es una esclava, expuesta en el mercado. Pero como ella no puede someterse a su condición, o tomar la iniciativa ella misma, comienza esa otra mentira más abominable que a veces se llama SALIR A LA SOCIEDAD, a veces DIVERTIRSE, y que realmente no es más que la caza de un esposo.

"Pero dile a una madre o a su hija que solo están ocupadas en la caza de un esposo. ¡Dios! ¡Qué ofensa! Sin embargo, no pueden hacer otra cosa, y no tienen otra cosa que hacer; y lo terrible de todo esto es ver a veces a jóvenes muy jóvenes, pobres e inocentes, obsesionadas únicamente por tales ideas. Si al menos, repito, se hiciera francamente; pero siempre va acompañado de mentiras y charlas de este tipo:—

"Ah, la descendencia de las especies. ¡Qué interesante es!"

"Oh, Lily está muy interesada en la pintura."

"¿Irás a la Exposición? ¡Qué encantador es!"

"Y la troika, y las obras, y la sinfonía. ¡Ah, qué adorable!"

"Mi Lise es apasionada por la música."

"Y tú, ¿por qué no compartes estas convicciones?"

"Y a través de toda esta verborrea, todos tienen solo una idea: 'Tómame a mí, toma a mi Lise. No, a mí. ¡Solo inténtalo!'"

## CAPÍTULO IX

"¿Sabes?" continuó de repente Posdnicheff, "que este poder de las mujeres del que el mundo sufre surge únicamente de lo que acabo de hablar?"

"¿A qué te refieres con el poder de las mujeres?" dije. "Todo el mundo, por el contrario, se queja de que las mujeres no tienen suficientes derechos, de que están sometidas."

"Eso es; eso es exactamente", dijo él, vivazmente. "Eso es justo lo que quiero decir, y esa es la explicación de este extraordinario fenómeno, de que por un lado la mujer está reducida al grado más bajo de humillación y por otro lado reina sobre todo. Mira a los judíos: con su poder del dinero, se vengan de su sujeción, tal como lo hacen las mujeres. '¡Ah! ¿Quieres que seamos solo comerciantes? Está bien; permaneciendo comerciantes, nos apoderaremos de ti', dicen los judíos. '¡Ah! ¿Quieres que seamos solo objetos de sensualidad? Está bien; con la ayuda de la sensualidad te doblaremos bajo nuestro yugo', dicen las mujeres.

"La ausencia de los derechos de la mujer no consiste en que no tenga derecho a votar, o derecho a sentarse en el banco, sino en que en sus relaciones afectivas no es igual al hombre, no tiene derecho a abstenerse, a elegir en lugar de ser elegida. Dices que eso sería anormal. ¡Muy bien! Pero entonces no permitas que el hombre disfrute de estos derechos, mientras su compañera está privada de ellos, y se encuentra obligada a hacer uso de la coquetería por la que gobierna, de modo que el resultado es que el hombre elige 'formalmente', mientras que en realidad es la mujer quien elige. Tan



pronto como ella está en posesión de sus medios, los abusa y adquiere una terrible supremacía."

"Pero, ¿dónde ves este poder excepcional?"

"¿Dónde? ¿Por qué, en todas partes, en todo? Ve a ver las tiendas en las grandes ciudades. Hay millones allí, millones. Es imposible estimar la enorme cantidad de trabajo que se gasta allí. En nueve décimas partes de estas tiendas, ¿hay algo para el uso de los hombres? Todo el lujo de la vida es demandado y sostenido por la mujer. Cuenta las fábricas; la mayor parte de ellas están dedicadas a hacer adornos femeninos. Millones de hombres, generaciones de esclavos, mueren trabajando como condenados simplemente para satisfacer los caprichos de nuestras compañeras.

"Las mujeres, como reinas, mantienen a nueve décimas partes de la raza humana como prisioneras de guerra, o como prisioneras en trabajos forzados. Y todo esto porque han sido humilladas, porque se les han privado de derechos iguales a los que disfrutaban los hombres. Se vengán de nuestra sensualidad; nos atrapan en sus redes.

"Sí, todo está ahí. Las mujeres se han convertido en tal arma para actuar sobre los sentidos que un joven, e incluso un hombre mayor, no puede permanecer tranquilo en su presencia. Observa una fiesta popular, o nuestras recepciones o salones de baile. La mujer conoce bien su influencia allí. Lo verás en sus sonrisas triunfantes.

"Tan pronto como un joven se acerca a una mujer, directamente cae bajo la influencia de este opio y pierde la cabeza. Hace tiempo me sentía incómodo cuando veía a una mujer demasiado bien adornada, ya fuera una mujer del pueblo con su pañuelo rojo y su falda anudada, o una mujer de nuestra propia sociedad en su vestido de baile. Pero ahora simplemente me aterra. Lo veo como un peligro para los hombres, algo contrario a las leyes; y siento el deseo de llamar a un policía, de pedir defensa de alguna parte, de exigir que se retire este objeto peligroso.

"Y esto no es una broma, en absoluto. Estoy convencido, estoy seguro, de que llegará el momento, y quizás no esté lejano, cuando el mundo comprenderá esto, y se asombrará de que pudiera existir una sociedad en la que se permitieran acciones tan dañinas como las que apelan a la sensualidad ador-

nando el cuerpo como lo hacen nuestras compañeras. Sería igual que colocar trampas en nuestras calles públicas, o peor que eso."

## CAPÍTULO X

"Entonces, así fue como fui capturado. Estaba enamorado, como se dice; no solo me parecía ella un ser perfecto, sino que me consideraba un mirlo blanco. Es un hecho común que no hay nadie tan bajo en el mundo que no pueda encontrar a alguien más vil que él mismo y, en consecuencia, hincharse de orgullo y autosatisfacción. Yo estaba en esa situación. No me casé por dinero. El interés era ajeno al asunto, a diferencia de los matrimonios de la mayoría de mis conocidos, que se casaron ya sea por dinero o por relaciones. Primero, yo era rico, ella era pobre. Segundo, me enorgullecía especialmente del hecho de que, mientras otros se casaban con la intención de continuar su vida poligámica como solteros, mi firme intención era vivir monógamicamente después de mi compromiso y la boda, y mi orgullo se infló inmensurablemente.

"Sí, yo era un miserable, convencido de que era un ángel. El período de mi compromiso no duró mucho. No puedo recordar esos días sin vergüenza. ¡Qué abominación!

"Se acepta generalmente que el amor es un sentimiento moral, una comunidad de pensamiento más que de sensación. Si eso es cierto, esta comunidad de pensamiento debería encontrar expresión en palabras y conversación. Nada de eso. Nos resultaba extremadamente difícil hablar el uno con el otro. ¡Qué trabajo de Sísifo era nuestra conversación! Apenas habíamos pensado en algo que decir, y lo decíamos, cuando teníamos que retomar nuestro silencio e intentar descubrir nuevos temas. Literalmente, no sabíamos qué decirnos. Todo lo que podíamos pensar sobre la vida que estaba ante nosotros y nuestro hogar ya se había dicho.

"Y luego, ¿qué? Si hubiéramos sido animales, habríamos sabido que no teníamos que hablar. Pero aquí, por el contrario, era necesario hablar, y no había recursos. Porque lo que ocupaba nuestras mentes no era algo que se pudiera expresar en palabras.

"Y luego esa costumbre tonta de comer bombones, esa glotonería brutal por los dulces, esas abominables preparaciones para la boda, esas discusiones con mamá sobre los apartamentos, sobre los dormitorios, sobre la ropa de cama, sobre las batas de mañana, sobre los batines, la ropa de cama, los trajes. Entiende que si la gente se casara según la antigua costumbre, como dijo este anciano hace un momento, entonces estos edredones y esta ropa de cama serían todos detalles sagrados; pero con nosotros, de cada diez personas casadas, apenas se encuentra una que, no digo crea en los sacramentos (si cree o no es indiferente para nosotros), pero crea en lo que promete. De cada cien hombres, apenas hay uno que no se haya casado antes, y de cada cincuenta apenas hay uno que no se haya propuesto engañar a su esposa.

"La gran mayoría considera este viaje a la iglesia como una condición necesaria para la posesión de cierta mujer. Piensa entonces en la importancia suprema que deben tomar los detalles materiales. ¿No es una especie de venta, en la que se entrega una doncella a un libertino, estando la venta rodeada de los detalles más agradables?"

## CAPÍTULO XI

"Así que, todos se casan de esta manera. Y yo hice lo mismo que los demás. Si los jóvenes que sueñan con la luna de miel supieran qué desilusión es, y siempre es una desilusión. Realmente no sé por qué todos piensan que es necesario ocultarlo.

"Un día estaba caminando entre las atracciones en París, cuando, atraído por un cartel, entré en un establecimiento para ver a una mujer barbuda y un perro de agua. La mujer era un hombre disfrazado, y el perro era un perro ordinario, cubierto con una piel de foca, y nadando en un baño. No era interesante en lo más mínimo, pero el Barnum me acompañó cortésmente a la salida, y, al dirigirse a las personas que entraban, apeló a mi testimonio. '¡Pregúntele al caballero si no vale la pena verlo! ¡Entren, entren! ¡Solo cuesta un franco!' Y en mi confusión no me atreví a responder que no había nada curioso que ver, y debió contar con mi vergüenza falsa.

"Debe ser lo mismo con las personas que han pasado por las abominaciones de la luna de miel. No se atreven a desengañar a su prójimo. Y yo hice lo mismo.

"Las felicidades de la luna de miel no existen. Al contrario, es un período de inquietud, de vergüenza, de lástima y, sobre todo, de aburrimiento, de un aburrimiento feroz. Es algo así como la sensación de un joven cuando comienza a fumar. Desea vomitar; babea, y se traga su baba, fingiendo disfrutar de este pequeño entretenimiento. El vicio del matrimonio..."

"¿Qué! ¿Vicio?" dije. "Pero estás hablando de una de las cosas más naturales."

"¡Natural!" dijo él. "¡Natural! No, considero por el contrario que es contra naturaleza, y soy yo, un hombre pervertido, quien ha llegado a esta convicción. ¿Qué sería, entonces, si no hubiera conocido la corrupción? Para una joven, para toda joven no pervertida, es un acto extremadamente antinatural, igual que para los niños. Mi hermana se casó muy joven con un hombre dos veces mayor que ella, y que estaba completamente corrompido. Recuerdo lo asombrados que estábamos la noche de su boda, cuando, pálida y cubierta de lágrimas, huyó de su marido, temblando en todo su cuerpo, diciendo que por nada del mundo contaría lo que él quería de ella.

"Dices natural. Es natural comer; eso es una función agradable, agradable, de la que nadie se avergüenza de realizar desde el momento de su nacimiento. No, no es natural. Una joven pura quiere una cosa: hijos. Hijos, sí, no un amante." . . .

"Pero", dije con asombro, "¿cómo continuaría la raza humana?"

"Pero, ¿de qué sirve que continúe?" replicó él, vehementemente.

"¿Qué! ¿De qué sirve? Pero entonces no existiríamos."

"Y por qué es necesario que existamos."

"Bueno, para vivir, por supuesto."

"Y por qué vivir. Los Schopenhauer, los Hartmann y todos los budistas dicen que la mayor felicidad es el Nirvana, la No-Vida; y tienen razón en este sentido: que la felicidad humana coincide con la aniquilación del 'Yo'. Solo que no se expresan bien. Dicen que la Humanidad debería aniquilarse para evitar sus sufrimientos, que su objetivo debería ser destruirse a sí misma. Ahora bien, el objetivo de la Humanidad no puede ser evitar sufrimientos mediante la aniquilación, ya que el sufrimiento es el resultado de la actividad. El objetivo de la actividad no puede consistir en suprimir sus consecuencias. El objetivo del Hombre, como el de la Humanidad, es la felicidad, y, para alcanzarla, la Humanidad tiene una ley que debe cumplir. Esta ley consiste en la unión de los seres. Esta unión es frustrada por las pasiones. Y es por eso que, si las pasiones desaparecen, la unión se logrará. La Humanidad entonces habrá cumplido la ley y no tendrá más razón para existir."

"¿Y antes de que la Humanidad cumpla la ley?"

"Mientras tanto, tendrá la señal de la ley no cumplida, y la existencia del amor físico. Mientras este amor exista, y debido a él, nacerán generaciones, una de las cuales finalmente cumplirá la ley. Cuando por fin la ley sea cumplida, la Raza Humana será aniquilada. Al menos es imposible para nosotros concebir la Vida en la unión perfecta de las personas."

## CAPÍTULO XII

"¡Extraña teoría!" exclamé.

"¿Extraña en qué? Según todas las doctrinas de la Iglesia, el mundo tendrá un fin. La ciencia enseña las mismas conclusiones fatales. ¿Por qué, entonces, es extraño que lo mismo resulte de la Doctrina moral? 'Que los que puedan, contengan', dijo Cristo. Y tomo este pasaje literalmente, tal como está escrito. Para que exista moralidad entre las personas en sus relaciones mundanas, deben hacer de la castidad completa su objetivo. Al tender hacia este fin, el hombre se humilla. Cuando alcance el último grado de humillación, tendremos el matrimonio moral.

"Pero si el hombre, como en nuestra sociedad, tiende solo hacia el amor físico, aunque lo vista con pretextos y las falsas formas del matrimonio, solo tendrá una disipación permisible, solo conocerá la misma vida inmoral en la que caí y causé la caída de mi esposa, una vida que llamamos la vida honesta de la familia. Piensa en qué perversión de ideas debe surgir cuando la situación más feliz del hombre, la libertad, la castidad, se considera algo desdichado y ridículo. El ideal más alto, la mejor situación de la mujer, ser pura, ser una vestal, una virgen, provoca miedo y risa en nuestra sociedad. ¿Cuántas, cuántas jóvenes sacrifican su pureza a este Moloch de la opinión casándose con canallas para no permanecer vírgenes, es decir, superiores? Por miedo a encontrarse en ese estado ideal, se arruinan.

"Pero antes no entendía, no entendía que las palabras del Evangelio, que 'el que mira a una mujer para desearla ya ha cometido adulterio', no se aplican a las esposas de otros, sino notable y especialmente a nuestras propias



esposas. No entendía esto, y pensaba que la luna de miel y todos mis actos durante ese período eran virtuosos, y que satisfacer los deseos con su esposa es una cosa eminentemente casta. Sepan, entonces, que considero estas partidas, estos aislamientos, que los recién casados organizan con el permiso de sus padres, como nada más que una licencia para entregarse a la disipación.

"Entonces, no veía en esto nada malo ni vergonzoso, y, esperando grandes alegrías, comencé a vivir la luna de miel. Y ciertamente ninguna de estas alegrías se produjo. Pero tenía fe y estaba decidido a tenerlas, a cualquier costo. Pero cuanto más trataba de asegurarlas, menos éxito tenía. Todo este tiempo me sentía ansioso, avergonzado y cansado. Pronto comencé a sufrir. Creo que al tercer o cuarto día encontré a mi esposa triste y le pregunté la razón. Comencé a abrazarla, lo que en mi opinión era todo lo que ella podía desear. Me apartó con la mano y comenzó a llorar.

"¿Por qué? No podía decírmelo. Estaba llena de dolor, de angustia. Probablemente sus nervios torturados le habían sugerido la verdad sobre la bajeza de nuestras relaciones, pero no encontraba palabras para decirlo. Comencé a interrogarla; respondió que extrañaba a su madre ausente. Me pareció que no estaba diciendo la verdad. Traté de consolarla manteniendo el silencio sobre sus padres. No imaginé que se sintiera simplemente abrumada, y que sus padres no tenían nada que ver con su tristeza. No me escuchó y comencé a acusarla de caprichosa. Comencé a reírme de ella suavemente. Secó sus lágrimas y comenzó a reprocharme, con términos duros y hirientes, mi egoísmo y crueldad.

"La miré. Todo su rostro expresaba odio, y odio hacia mí. No puedo describirte el susto que me dio esta visión. '¿Cómo? ¿Qué?' pensé, '¿el amor es la unidad de las almas y ella me odia? ¿A mí? ¿Por qué? ¡Pero es imposible! ¡No es ella!'

"Traté de calmarla. Me encontré con una hostilidad inmóvil y fría, de modo que, al no tener tiempo para reflexionar, fui presa de una irritación aguda. Intercambiamos comentarios desagradables. La impresión de esta primera pelea fue terrible. Digo pelea, pero el término es inexacto. Fue el descubrimiento repentino del abismo que se había cavado entre nosotros. El amor se había agotado con la satisfacción de la sensualidad. Nos encontramos cara a cara en nuestra verdadera luz, como dos egoístas tratando de ob-

tener el mayor placer posible, como dos individuos tratando de explotarse mutuamente."

"Así que lo que yo llamaba nuestra pelea era nuestra situación real tal como apareció después de la satisfacción del deseo sensual. No me di cuenta de que esta fría hostilidad era nuestro estado normal, y que esta primera pelea pronto se ahogaría bajo una nueva inundación de la sensualidad más intensa. Pensé que habíamos discutido el uno con el otro y nos habíamos reconciliado, y que no volvería a suceder. Pero en esta misma luna de miel llegó un período de saciedad, en el que dejamos de ser necesarios el uno para el otro, y estalló una nueva pelea.

"Se hizo evidente que la primera no fue una cuestión de casualidad. 'Era inevitable', pensé. Esta segunda pelea me aturdió aún más, porque se basó en una causa extremadamente injusta. Era algo así como una cuestión de dinero, y nunca había regateado en ese aspecto; incluso era imposible que lo hiciera en relación con ella. Solo recuerdo que, en respuesta a algún comentario que hice, ella insinuó que era mi intención dominarla mediante el dinero, y que era sobre el dinero que basaba mi único derecho sobre ella. En resumen, algo extraordinariamente estúpido y bajo, que no estaba ni en mi carácter ni en el de ella.

"Estaba fuera de mí. La acusé de falta de delicadeza. Ella me hizo la misma acusación, y estalló la disputa. En sus palabras, en la expresión de su rostro, de sus ojos, noté nuevamente el odio que me había asombrado tanto antes. Con un hermano, amigos, mi padre, ocasionalmente había discutido, pero nunca había habido entre nosotros este feroz rencor. Pasó algún tiempo. Nuestro odio mutuo volvió a ocultarse bajo un acceso de deseo sensual, y nuevamente me consolé con la reflexión de que estas escenas eran faltas reparables.

"Pero cuando se repitieron una tercera y cuarta vez, entendí que no eran simplemente faltas, sino una fatalidad que debía suceder de nuevo. Ya no me asusté, simplemente me asombré de que precisamente yo viviera tan incómodamente con mi esposa, y que lo mismo no sucediera en otros hogares. No sabía que en todos los hogares suceden los mismos cambios repentinos, pero que todos, como yo, imaginan que es una desgracia exclusivamente reservada para ellos solos, la cual ocultan cuidadosamente como vergonzosa, no solo a otros, sino a sí mismos, como una mala enfermedad.

"Eso fue lo que me sucedió. Empezado en los primeros días, continuó y aumentó con características de furia cada vez más pronunciadas. En el fondo de mi alma, desde las primeras semanas, sentí que estaba en una trampa, que tenía lo que no esperaba, y que el matrimonio no es una alegría, sino una prueba dolorosa. Como todos, me negué a admitirlo (no lo habría admitido ni ahora si no fuera por el resultado). Ahora me asombra pensar que no vi mi situación real. Era tan fácil percibirla, en vista de esas peleas, comenzadas por razones tan triviales que después no se podían recordar.

"Al igual que a menudo sucede entre jóvenes alegres que, en ausencia de bromas, se ríen de su propia risa, así no encontramos razones para nuestro odio, y nos odiábamos porque el odio estaba naturalmente hirviendo en nosotros. Más extraordinaria aún era la ausencia de causas para la reconciliación.

"A veces palabras, explicaciones, o incluso lágrimas, pero a veces, recuerdo, después de palabras insultantes, seguían tácitamente abrazos y declaraciones. ¡Abominación! ¿Por qué no percibí entonces esta bajeza?"

## CAPÍTULO XIII

"Todos nosotros, hombres y mujeres, somos criados en estas aberraciones del sentimiento que llamamos amor. Desde niño me preparé para esto, y amé, y amé durante toda mi juventud, y fui feliz amando. Se me había inculcado que era la ocupación más noble y elevada del mundo. Pero cuando finalmente llegó este sentimiento esperado, y yo, un hombre, me abandoné a él, la mentira quedó completamente expuesta. Teóricamente, un amor elevado es concebible; prácticamente, es una cosa ignoble y degradante, igualmente repugnante de hablar y de recordar. No es en vano que la naturaleza haya hecho ceremonias, pero la gente finge que lo ignoble y vergonzoso es hermoso y elevado.

"Te diré brutal y brevemente cuáles fueron los primeros signos de mi amor. Me abandoné a excesos bestiales, no solo sin avergonzarme de ellos, sino orgulloso de ellos, sin darle ninguna importancia a la vida intelectual de mi esposa. Y no solo no pensé en su vida intelectual, ni siquiera consideré su vida física.

"Me asombró el origen de nuestra hostilidad, ¡y sin embargo, qué claro era! Esta hostilidad no es más que una protesta de la naturaleza humana contra la bestia que la esclaviza. No podría ser de otra manera. Este odio era el odio de cómplices en un crimen. ¿No era un crimen que, esta pobre mujer habiendo quedado embarazada en el primer mes, nuestra relación continuara igual?

"Imaginas que me estoy desviando de mi historia. En absoluto. Siempre te estoy contando los eventos que llevaron al asesinato de mi esposa. ¡Los

imbéciles! Creen que maté a mi esposa el 5 de octubre. Fue mucho antes de eso que la inmolé, igual que todos matan ahora. Entiendan bien que en nuestra sociedad hay una idea compartida por todos de que la mujer proporciona placer al hombre (y viceversa, probablemente, pero no sé nada de eso, solo conozco mi propio caso). Wein, Weiber und Gesang. Así dicen los poetas en sus versos: ¡Vino, mujeres y canción!

"¡Si solo fuera eso! Toma toda la poesía, la pintura, la escultura, comenzando con los 'Pies Pequeños' de Pushkin, con 'Venus y Friné', y verás que la mujer es solo un medio de disfrute. Eso es lo que es en Trouba,[3] en Gratchevka, y en un salón de baile de la corte. Y piensa en este truco diabólico: si ella fuera una cosa sin valor moral, se podría decir que la mujer es un bocado fino; pero, en primer lugar, estos caballeros nos aseguran que adoran a la mujer (la adoran y la consideran, sin embargo, como un medio de disfrute), luego todos nos aseguran que estiman a la mujer. Algunos ceden sus asientos a ella, recogen su pañuelo; otros reconocen en ella el derecho a ocupar todos los cargos, a participar en el gobierno, etc., pero, a pesar de todo eso, el punto esencial sigue siendo el mismo. Ella es, sigue siendo, un objeto de deseo sensual, y lo sabe. Es esclavitud, porque la esclavitud no es más que la utilización del trabajo de algunos para el disfrute de otros. Para que la esclavitud no exista, la gente debe negarse a disfrutar del trabajo de los demás, y considerarlo un acto vergonzoso y un pecado.

"De hecho, esto es lo que sucede. Abolieron la forma externa, suprimieron las ventas formales de esclavos, y luego se imaginaron y aseguraron a otros que la esclavitud había sido abolida. No quieren ver que todavía existe, ya que la gente, como antes, gusta de beneficiarse del trabajo de los demás, y lo considera bueno y justo. Dado esto, siempre se encontrarán seres más fuertes o más astutos que otros para sacar provecho de ello. Lo mismo sucede en la emancipación de la mujer.

En el fondo, la servidumbre femenina consiste enteramente en su asimilación con un medio de placer. Excitan a la mujer, le dan todo tipo de derechos iguales a los de los hombres, pero continúan considerándola como un objeto de deseo sensual, y así la educan desde la infancia y en la opinión pública.

"Ella siempre es la sierva humillada y corrupta, y el hombre sigue siendo siempre el Amo libertino. Sí, para abolir la esclavitud, la opinión pública

debe admitir que es vergonzoso explotar a su prójimo, y, para que la mujer sea libre, la opinión pública debe admitir que es vergonzoso considerar a la mujer como un instrumento de placer.

"La emancipación de la mujer no se efectuará en los tribunales públicos ni en la cámara de diputados, sino en la cámara de dormir. La prostitución se combate, no en las casas de mala fama, sino en la familia. Liberan a la mujer en los tribunales públicos y en la cámara de diputados, pero sigue siendo un instrumento. Enséñenle, como se le enseña entre nosotros, a considerarse como tal, y siempre seguirá siendo un ser inferior. O bien, con la ayuda de los médicos sinvergüenzas, tratará de evitar la concepción y descenderá, no al nivel de un animal, sino al nivel de una cosa; o será lo que es en la gran mayoría de los casos: enferma, histérica, miserable, sin esperanza de progreso espiritual." . . .

"¿Pero por qué eso?" pregunté.

"¡Oh! lo más asombroso es que nadie quiere ver esta cosa, evidente como es, que los médicos deben entender, pero que se cuidan mucho de no hacerlo. El hombre no desea conocer la ley de la naturaleza: los hijos. Pero los niños nacen y se convierten en un estorbo. Entonces el hombre idee medios para evitar este estorbo. Todavía no hemos alcanzado el bajo nivel de Europa, ni de París, ni el 'sistema de dos hijos', ni Mahoma. No hemos descubierto nada, porque no lo hemos pensado. Sentimos que hay algo malo en los dos primeros medios; pero queremos preservar la familia, y nuestra visión de la mujer es aún peor.

"Con nosotros, la mujer debe ser al mismo tiempo amante y enfermera, y su fuerza no es suficiente. Por eso tenemos histeria, ataques nerviosos y, entre los campesinos, brujería. Observa que entre las jóvenes campesinas este estado de cosas no existe, sino solo entre las esposas, y las esposas que viven con sus maridos. La razón es clara, y esta es la causa del declive intelectual y moral de la mujer, y de su abatimiento.

"¡Si solo reflexionaran qué gran obra para la esposa es el período de gestación! En ella se está formando el ser que nos continúa, y esta santa obra se ve frustrada y se vuelve dolorosa... ¿por qué? ¡Es terrible pensarlo! Y después de eso hablan de las libertades y los derechos de la mujer. Es como los caníbales que engordan a sus prisioneros para devorarlos, y asegurando a

estos desdichados al mismo tiempo que sus derechos y sus libertades están protegidos."

Todo esto era nuevo para mí y me asombraba mucho.

"Pero si esto es así", dije, "se deduce que uno solo puede amar a su esposa una vez cada dos años; y como el hombre"...

"Y como el hombre tiene necesidad de ella, vas a decir. Al menos, así lo aseguran los sacerdotes de la ciencia. Obligaría a estos sacerdotes a cumplir la función de estas mujeres, que, en su opinión, son necesarias para el hombre. Me pregunto qué canción cantarían entonces. Asegúrale al hombre que necesita brandy, tabaco, opio, y creará que esos venenos son necesarios. Se deduce que Dios no supo arreglar las cosas correctamente, ya que, sin pedir la opinión de los sacerdotes, las ha combinado tal como son. El hombre necesita, según han decidido, satisfacer su deseo sensual, y aquí esta función se ve perturbada por el nacimiento y la lactancia de los niños.

"¿Qué se debe hacer entonces? Pues, acudir a los sacerdotes; ellos arreglarán todo, y realmente han descubierto una forma. ¿Cuándo, entonces, se descoronarán a estos bribones con sus mentiras? Ya es hora. Ya hemos tenido suficiente de ellos. La gente se vuelve loca y se dispara con revólveres, y siempre por eso. ¿Y cómo podría ser de otra manera?

"Uno diría que los animales saben que la descendencia continúa su raza y que siguen una cierta ley al respecto. Solo el hombre no lo sabe y no quiere saberlo. Solo le importa tener tanto disfrute sensual como sea posible. El rey de la naturaleza: ¡el hombre! En nombre de su amor, mata a la mitad de la raza humana. De la mujer, que debería ser su ayuda en el movimiento de la humanidad hacia la libertad, él hace, en nombre de sus placeres, no una ayuda, sino una enemiga. ¿Quién es el que en todas partes pone un freno al movimiento progresivo de la humanidad? La mujer. ¿Por qué es así?

"Por la razón que he dado, y solo por esa razón".

[3] Un suburbio de Moscú.

## CAPÍTULO XIV

"Sí, mucho peor que el animal es el hombre cuando no vive como un hombre. Así era yo. Lo horrible es que creía, en la medida en que no me dejaba seducir por otras mujeres, que estaba llevando una vida familiar honesta, que era un ser muy mortal y que si teníamos peleas, la culpa era de mi esposa y de su carácter.

"Pero es evidente que la culpa no estaba en ella. Era como todos los demás, como la mayoría. Fue criada de acuerdo con los principios exigidos por la situación de nuestra sociedad, es decir, como todas las jóvenes de nuestras clases acomodadas, sin excepción, son criadas, y como no pueden dejar de ser criadas. Cuántas veces hemos escuchado o leído reflexiones sobre la condición anormal de las mujeres y sobre lo que deberían ser. Pero estas son solo palabras vanas. La educación de las mujeres resulta de la visión real y no imaginaria que el mundo tiene de la vocación de las mujeres. Según esta visión, la condición de la mujer consiste en proporcionar placer y es a ese fin que se dirige su educación. Desde su infancia, solo se le enseña aquello que está calculado para aumentar su encanto. Toda joven está acostumbrada a pensar solo en eso.

"Como los siervos eran criados únicamente para complacer a sus amos, así la mujer es criada para atraer a los hombres. No puede ser de otra manera. Pero quizás dirás que eso solo se aplica a las jóvenes mal educadas, pero que hay otra educación, una educación seria, en las escuelas, una educación en lenguas muertas, una educación en institutos de obstetricia, cursos médicos y otros cursos. Es falso.



"Toda forma de educación femenina tiene como único objetivo la atracción de los hombres.

"Algunas atraen por la música o el cabello rizado, otras por la ciencia o la virtud cívica. El objetivo es el mismo y no puede ser de otra manera (ya que no existe otro objetivo): seducir al hombre para poseerlo. Imagina cursos de instrucción para mujeres y ciencia femenina sin hombres, es decir, mujeres eruditas y hombres que no las CONOZCAN como eruditas. ¡Oh, no! Ninguna educación, ninguna instrucción puede cambiar a la mujer mientras su ideal más alto sea el matrimonio y no la virginidad, la libertad de la sensualidad. Hasta ese momento, seguirá siendo una sierva. Solo basta imaginar, olvidando la universalidad del caso, las condiciones en las que se crían nuestras jóvenes, para evitar asombrarse de la depravación de las mujeres de nuestras clases altas. Lo contrario causaría asombro."

"Sigue mi razonamiento. Desde la infancia, se les viste con ropas, adornos, limpieza, gracia, bailes, música, lectura de poesía, novelas, canto, teatro, conciertos, para uso interno y externo, según las mujeres escuchen o practiquen ellas mismas. Con eso, completa inactividad física, un excesivo cuidado del cuerpo, un vasto consumo de dulces; y Dios sabe cómo las pobres muchachas sufren de su propia sensualidad, excitada por todas estas cosas. Nueve de cada diez son torturadas intolerablemente durante el primer período de madurez, y después, si no se casan a los veinte años. Eso es lo que no queremos ver, pero quienes tienen ojos lo ven de todos modos. E incluso la mayoría de estas desafortunadas criaturas están tan excitadas por una sensualidad oculta (y es una suerte si está oculta) que no son aptas para nada. Se animan solo en presencia de hombres. Toda su vida se gasta en preparativos para la coquetería, o en la coquetería misma. En presencia de hombres se vuelven demasiado animadas; comienzan a vivir por energía sensual. Pero en el momento en que el hombre se va, la vida se detiene.

"Y eso, no en presencia de un cierto hombre, sino en presencia de cualquier hombre, siempre que no sea completamente repugnante. Dirás que esto es una excepción. No, es una regla. Solo que en algunas es muy evidente, en otras menos. Pero nadie vive por su propia vida; todas dependen del hombre. No pueden ser de otra manera, ya que para ellas el atractivo del mayor número de hombres es el ideal de la vida (jóvenes y mujeres casadas), y es por esta razón que no tienen un sentimiento más fuerte que el de la necesidad animal de toda hembra que intenta atraer al mayor número de

machos para aumentar las oportunidades de elección. Así es en la vida de las jóvenes, y así continúa durante el matrimonio. En la vida de las jóvenes es necesario para la selección, y en el matrimonio es necesario para dominar al marido. Solo una cosa suprime o interrumpe estas tendencias por un tiempo: los niños, y solo cuando la mujer no es un monstruo, es decir, cuando ella amamanta a sus propios hijos. Aquí de nuevo interviene el médico.

"Con mi esposa, que deseaba amamantar a sus propios hijos y que amamantó a seis de ellos, sucedió que el primer hijo estaba enfermo. Los médicos, que la desnudaron cínicamente y la palpaban por todas partes, y a quienes yo tenía que agradecer y pagar por estos actos, estos queridos médicos decidieron que ella no debería amamantar a su hijo, y ella fue temporalmente privada del único remedio para la coquetería. Una nodriza terminó de amamantar a este primogénito, es decir, aprovechamos la pobreza e ignorancia de una mujer para robarla a su propio pequeño en favor del nuestro, y para ese propósito la vestimos con un kakoschnik adornado con encaje dorado. Sin embargo, eso no es la cuestión; pero se despertó de nuevo en mi esposa esa coquetería que había estado durmiendo durante el período de lactancia. Gracias a eso, reavivó en mí los tormentos de celos que había conocido anteriormente, aunque en un grado mucho menor."

## CAPÍTULO XV

"Sí, los celos, eso es otro de los secretos del matrimonio conocidos por todos y ocultados por todos. Además de la causa general del odio mutuo entre maridos y esposas resultante de la complicidad en la contaminación de un ser humano, y también por otras causas, la fuente inagotable de heridas matrimoniales son los celos. Pero por consentimiento tácito se determina ocultarlos a todos, y nosotros los ocultamos. Conociéndolos, cada uno supone en sí mismo que es una peculiaridad desafortunada, y no un destino común. Así me ocurrió a mí, y tenía que ser así. No puede dejar de haber celos entre maridos y esposas que viven inmoralmente. Si no pueden sacrificar sus placeres por el bienestar de su hijo, concluyen, y con razón, que tampoco sacrificarán sus placeres por, no diré la felicidad y la tranquilidad (ya que uno puede pecar en secreto), sino incluso por el bien de la conciencia. Cada uno sabe muy bien que ninguno admite razones morales elevadas para no traicionar al otro, ya que en sus relaciones mutuas fallan en los requisitos de la moralidad, y desde ese momento se desconfían y se vigilan mutuamente.

"¡Oh, qué sentimiento tan espantoso son los celos! No hablo de esos celos reales que tienen fundamentos (son atormentadores, pero prometen una solución), sino de esos celos inconscientes que inevitablemente acompañan a cada matrimonio inmoral, y que, al no tener causa, no tienen fin. Estos celos son espantosos. Espantosos, esa es la palabra.

"Y esto es. Un joven habla con mi esposa. La mira con una sonrisa y, según me parece, examina su cuerpo. ¿Cómo se atreve a pensar en ella, a pensar en la posibilidad de un romance con ella? ¿Y cómo puede ella, al ver esto, tolerarlo? No solo lo tolera, sino que parece complacida. Incluso veo

que se esfuerza por su cuenta. Y en mi alma surge un odio por ella de tal manera que cada una de sus palabras, cada gesto, me repugna. Ella lo nota, no sabe qué hacer y cómo asumir una actitud de animación indiferente. ¡Ah, sufro! Eso la hace alegre, está contenta. Y mi odio aumenta diez veces, pero no me atrevo a darle rienda suelta, porque en el fondo de mi alma sé que no hay razones reales para ello, y permanezco en mi asiento, fingiendo indiferencia y exagerando mi atención y cortesía hacia ÉL.

"Entonces me enojo conmigo mismo. Deseo salir de la habitación, dejarlos solos, y de hecho, salgo; pero apenas estoy afuera cuando me invade un miedo de lo que está sucediendo en mi ausencia. Vuelvo a entrar, inventando algún pretexto. O a veces no entro; me quedo cerca de la puerta y escucho. ¿Cómo puede ella humillarse y humillarme poniéndome en esta cobarde situación de sospecha y espionaje? ¡Oh, abominación! ¡Oh, el animal malvado! Y él también, ¿qué piensa de ti? Pero él es como todos los hombres. Es lo que yo era antes de mi matrimonio. Le da placer. Incluso sonrío cuando me mira, como diciendo: '¿Qué tienes que ver tú con esto? Ahora es mi turno.'

"Este sentimiento es horrible. Su ardor es insoportable. Tener este sentimiento hacia alguien, sospechar una vez que un hombre desea a mi esposa, fue suficiente para estropear a ese hombre para siempre en mis ojos, como si hubiera sido rociado con vitriolo. Dejarme llevar por los celos de un ser y nunca más podría restablecer con él relaciones humanas simples, y mis ojos brillaban cuando lo miraba.

"En cuanto a mi esposa, tantas veces la había envuelto con este vitriolo moral, con este odio celoso, que ella estaba degradada por ello. En los períodos de este odio sin causa, la fui despojando gradualmente. La cubrí de vergüenza en mi imaginación.

"Inventé travesuras imposibles. Sospechaba, me avergüenza decirlo, que ella, esta reina de 'Las mil y una noches', me engañaba con mi siervo, bajo mis propios ojos, y riéndose de mí.

"Así, con cada nuevo acceso de celos (hablo siempre de celos sin causa), entraba en el surco cavado anteriormente por mis sucias sospechas, y lo profundizaba continuamente. Ella hacía lo mismo. Si tengo razones para estar celoso, ella que conocía mi pasado tenía mil veces más. Y era más ma-

liciosa en sus celos que yo. Y los sufrimientos que sentía por sus celos eran diferentes y también muy dolorosos.

"La situación se puede describir así. Vivimos más o menos tranquilamente. Incluso estoy alegre y contento. De repente comenzamos una conversación sobre algún tema más común, y directamente ella se encuentra en desacuerdo conmigo sobre asuntos sobre los cuales generalmente hemos estado de acuerdo. Y además veo que, sin necesidad alguna, se está irritando. Creo que tiene un ataque nervioso, o que el tema de conversación realmente le desagrada. Hablamos de otra cosa, y eso comienza de nuevo. De nuevo me atormenta y se irrita. Estoy asombrado y busco una razón. ¿Por qué? ¿Para qué? Ella guarda silencio, me responde con monosílabos, evidentemente haciendo alusiones a algo. Empiezo a adivinar que la razón de todo esto es que he dado algunos paseos en el jardín con su prima, a quien ni siquiera le había prestado atención. Empiezo a adivinar, pero no puedo decirlo. Si lo digo, confirmo sus sospechas. La interrogo, le pregunto. Ella no responde, pero ve que entiendo, y eso confirma sus sospechas."

"¿Qué te pasa?' le pregunto.

"Nada, estoy tan bien como siempre', responde ella.

"Y al mismo tiempo, como una loca, da rienda suelta a los comentarios más absurdos, a las explosiones de rencor más inexplicables.

"A veces soy paciente, pero otras veces estallo de ira. Entonces su propia irritación se desata en un torrente de insultos, acusaciones de crímenes imaginarios, todo llevado al grado más alto por sollozos, lágrimas y retiradas por la casa a los lugares más improbables. Voy a buscarla. Me avergüenzo ante la gente, ante los niños, pero no hay nada que hacer. Está en una condición en la que siento que está lista para cualquier cosa. Corro y finalmente la encuentro. Siguen noches de tortura, en las que ambos, con los nervios agotados, nos apaciguamos mutuamente, después de las palabras y acusaciones más crueles.

"Sí, los celos, los celos sin causa, son la condición de nuestra vida conyugal depravada. Y durante todo mi matrimonio nunca dejé de sentirlos y sufrir por ellos. Hubo dos períodos en los que sufrí más intensamente. La primera vez fue después del nacimiento de nuestro primer hijo, cuando los médicos le habían prohibido a mi esposa amamantarlo. Estaba particularmente

celoso, en primer lugar, porque mi esposa sentía esa inquietud peculiar a la materia animal cuando el curso regular de la vida se interrumpe sin ocasión. Pero sobre todo estaba celoso porque, al ver con qué facilidad había desechado sus deberes morales como madre, concluí acertadamente, aunque inconscientemente, que también desechaba fácilmente sus deberes conyugales, sintiéndome aún más seguro de ello porque estaba en perfecta salud, como demostró el hecho de que, a pesar de la prohibición de los queridos doctores, amamantó a sus siguientes hijos, y muy bien."

"Veo que no les tienes amor a los médicos", dije, habiendo notado la expresión de cara extraordinariamente maliciosa y el tono de voz de Posdnicheff cada vez que hablaba de ellos.

"No es cuestión de amarlos o no amarlos. Han arruinado mi vida, como han arruinado las vidas de miles de seres antes que yo, y no puedo evitar conectar la consecuencia con la causa. Entiendo que desean, como los abogados y los demás, ganar dinero. Yo les habría dado gustosamente la mitad de mis ingresos, y cualquiera lo habría hecho en mi lugar, entendiendo lo que hacen, si hubieran consentido en no inmiscuirse en mi vida conyugal y mantenerse a distancia. No he compilado estadísticas, pero conozco decenas de casos, en realidad son innumerables, donde han matado, ahora un niño en el vientre de su madre, afirmando positivamente que la madre no podría dar a luz (cuando la madre podría hacerlo muy bien), ahora a madres, bajo el pretexto de una supuesta operación. Nadie ha contado estos asesinatos, al igual que nadie contó los asesinatos de la Inquisición, porque se suponía que se cometían en beneficio de la humanidad. ¡Innumerables son los crímenes de los médicos! Pero todos estos crímenes no son nada comparados con la desmoralización materialista que introducen en el mundo a través de las mujeres. Ya no se puede decir ahora: 'Vives mal, vive mejor.' Ya no se puede decir ni a uno mismo ni a los demás, porque si vives mal (dicen los médicos), la causa está en el sistema nervioso o en algo similar, y es necesario ir a consultarlos, y ellos te recetarán treinta y cinco copeques de remedios para comprar en la farmacia, y debes tragarlos. ¿Tu condición empeora? Otra vez a los médicos, ¡y más remedios! Un excelente negocio.

"Pero volviendo a nuestro tema. Decía que mi esposa amamantaba bien a sus hijos, que la lactancia y la gestación de los niños, y los niños en general, calmaban mis torturas de celos, pero que, por otro lado, provocaban tormentos de otro tipo."



## CAPÍTULO XVI

"Sí, los niños llegaban rápidamente, uno tras otro, y sucedía lo que ocurre en nuestra sociedad con los niños y los médicos. Sí, los niños, el amor maternal, es algo doloroso. Los niños, para una mujer de nuestra sociedad, no son una alegría, un orgullo, ni una realización de su vocación, sino una causa de temor, ansiedad y sufrimiento interminable, tortura. Las mujeres lo dicen, lo piensan y también lo sienten. Para ellas, los niños son realmente una tortura, no porque no deseen dar a luz, amamantarlos y cuidarlos (las mujeres con un fuerte instinto maternal, y tal era mi esposa, están dispuestas a hacerlo), sino porque los niños pueden enfermarse y morir. No desean dar a luz y luego no amarlos; y cuando los aman, no desean sentir miedo por la salud y la vida del niño. Por eso no desean amamantarlos. 'Si lo amamanto', dicen, 'me encariñaré demasiado con él'. Uno pensaría que preferirían niños de goma, que no pudieran enfermarse ni morir, y que siempre pudieran ser reparados. ¡Qué enredo en la mente de estas pobres mujeres! ¿Por qué tales abominaciones para evitar el embarazo y para evitar el amor hacia los pequeños?

"El amor, la condición más alegre del alma, se representa como un peligro. ¿Y por qué? Porque, cuando un hombre no vive como hombre, es peor que una bestia. Una mujer no puede ver a un niño de otra manera que no sea como un placer. Es cierto que es doloroso dar a luz, pero ¡qué manitas!... ¡Oh, las manitas! ¡Oh, los piecitos! ¡Oh, su sonrisa! ¡Oh, su cuerpecito! ¡Oh, su balbuceo! ¡Oh, su hipo! En resumen, es un sentimiento de maternidad animal, sensual. Pero en cuanto a cualquier idea sobre el significado



misterioso de la aparición de un nuevo ser humano para reemplazarnos, apenas hay un indicio de ello.

"Nada de eso aparece en todo lo que se dice y se hace. Nadie tiene ahora fe en un bautismo del niño, y sin embargo, eso no era más que un recordatorio del significado humano del recién nacido.

"Han rechazado todo eso, pero no lo han reemplazado, y solo quedan los vestidos, los encajes, las manitas, los piecitos y todo lo que existe en el animal. Pero el animal no tiene imaginación, ni previsión, ni razón, ni un médico.

"¡No! Ni siquiera un médico. El polluelo baja la cabeza, abrumado, o el ternero muere; la gallina cloquea y la vaca muge por un tiempo, y luego estas bestias continúan viviendo, olvidando lo sucedido.

"Con nosotros, si el niño se enferma, ¿qué hacer, cómo cuidarlo, qué médico llamar, a dónde ir? Si muere, ya no habrá más manitas ni piecitos, y entonces ¿para qué sirvieron los sufrimientos padecidos? La vaca no se hace todas esas preguntas, y por eso los niños son una fuente de miseria. La vaca no tiene imaginación, y por eso no puede pensar cómo podría haber salvado al niño si hubiera hecho esto o aquello, y su dolor, basado en su ser físico, dura muy poco tiempo. Es solo una condición, y no ese dolor que se exagera hasta el punto de la desesperación, gracias a la ociosidad y la saciedad. La vaca no tiene esa facultad de razonar que le permitiría preguntarse por qué. ¿Por qué soportar todas estas torturas? ¿De qué sirvió tanto amor si los pequeños iban a morir? La vaca no tiene la lógica que le dice que no tenga más hijos y, si llegan accidentalmente, que no los ame ni los amamente, para no sufrir. Pero nuestras esposas razonan, y razonan de esta manera, y por eso dije que, cuando un hombre no vive como hombre, está por debajo del animal."

"Pero entonces, ¿cómo es necesario actuar, en tu opinión, para tratar a los niños de manera humana?" pregunté.

"¿Cómo? Amarlos de manera humana."

"Bueno, ¿acaso las madres no aman a sus hijos?"

"No aman a sus hijos de manera humana, o muy raramente lo hacen, y es por eso que ni siquiera los aman como a los perros. Fíjate, una gallina, una oca, un lobo, siempre serán para la mujer ideales inaccesibles de amor ani-

mal. Es raro que una mujer se lance, a riesgo de su vida, sobre un elefante para arrebatarse a su hijo, mientras que una gallina o un gorrión no dejarán de atacar a un perro y sacrificarse completamente por sus hijos. Observa esto también. La mujer tiene el poder de limitar su amor físico por sus hijos, lo que un animal no puede hacer. ¿Significa eso que, por esta razón, la mujer es inferior al animal? No. Es superior (e incluso decir superior es injusto, ella no es superior, es diferente), pero tiene otros deberes, deberes humanos. Ella puede contenerse en el tema del amor animal y transferir su amor al alma del niño. Ese debería ser el papel de la mujer, y eso es precisamente lo que no vemos en nuestra sociedad. Leemos sobre los actos heroicos de madres que sacrifican a sus hijos en nombre de una idea superior, y estas cosas nos parecen como cuentos del mundo antiguo, que no nos conciernen. Y sin embargo, creo que, si la madre no tiene algún ideal en nombre del cual pueda sacrificar el sentimiento animal, y si esta fuerza no encuentra empleo, lo transferirá a intentos quiméricos de preservar físicamente a su hijo, ayudada en esta tarea por el médico, y sufrirá como sufre.

"Así fue con mi esposa. Ya sea que hubiera un niño o cinco, el sentimiento permanecía igual. De hecho, estaba un poco mejor cuando había habido cinco. La vida siempre estaba envenenada con miedo por los niños, no solo por sus enfermedades reales o imaginarias, sino incluso por su simple presencia. Por mi parte, al menos, durante toda mi vida conyugal, todos mis intereses y toda mi felicidad dependían de la salud de mis hijos, su condición, sus estudios. Los niños, no hace falta decirlo, son una consideración seria; pero todos deben vivir, y en nuestros días los padres ya no pueden vivir. La vida regular no existe para ellos. Toda la vida de la familia pende de un hilo. Qué terrible es recibir de repente la noticia de que el pequeño Basilio está vomitando, o que Lise tiene un calambre en el estómago. Inmediatamente abandonas todo, olvidas todo, todo se vuelve nada. Lo esencial es el médico, el enema, la temperatura. No puedes comenzar una conversación, pero el pequeño Pierre entra corriendo con aire ansioso para preguntar si puede comer una manzana, o qué chaqueta debe ponerse, o es el sirviente quien entra con un bebé gritando.

"No existe una vida familiar regular y constante. Donde vives, y por lo tanto lo que haces, depende de la salud de los pequeños, la salud de los pequeños depende de nadie, y, gracias a los médicos, que pretenden ayudar a la salud, toda tu vida se ve alterada. Es un peligro perpetuo. Apenas cree-

mos estar fuera de él cuando surge un nuevo peligro: más intentos de salvar. Siempre la situación de marineros en un barco que se hunde. A veces me parecía que esto se hacía a propósito, que mi esposa fingía ansiedad para conquistarme, ya que eso resolvía la cuestión tan simplemente a su favor. Me parecía que todo lo que ella hacía en esos momentos se hacía para afectarme, pero ahora veo que ella misma, mi esposa, sufría y se torturaba por los pequeños, su salud y sus enfermedades.

"Una tortura para ambos, pero para ella los niños también eran un medio de olvidarse de sí misma, como una intoxicación. A menudo noté, cuando estaba muy triste, que se aliviaba cuando un niño se enfermaba, al poder refugiarse en esta intoxicación. Era una intoxicación involuntaria, porque aún no había nada más. Por todos lados escuchábamos que la señora Fulana había perdido a sus hijos, que el doctor Fulano había salvado al hijo de la señora Fulana, y que en cierta familia todos se habían mudado de la casa en la que vivían, y así habían salvado a los pequeños. Y los médicos, con aire serio, confirmaban esto, sosteniendo a mi esposa en sus opiniones. Ella no era propensa al miedo, pero el médico soltaba alguna palabra, como corrupción de la sangre, escarlatina, o, cielos nos ayuden, difteria, y ella se iba."

"Era imposible que fuera de otra manera. Las mujeres en tiempos antiguos tenían la creencia de que 'Dios ha dado, Dios ha quitado', que el alma del pequeño ángel va al cielo, y que es mejor morir inocente que morir en pecado. Si las mujeres de hoy tuvieran algo parecido a esta fe, podrían soportar con más tranquilidad la enfermedad de sus hijos. Pero de todo eso no queda ni un rastro. Y sin embargo, es necesario creer en algo; por lo tanto, creen estúpidamente en la medicina, y no incluso en la medicina, sino en el médico. Una cree en X, otra en Z, y, como todos los creyentes, no ven la idiotez de sus creencias. Creen quia absurdum, porque, en realidad, si no creyeran de manera estúpida, verían la vanidad de todo lo que estos bribones les recetan. La escarlatina es una enfermedad contagiosa; así que, cuando uno vive en una gran ciudad, la mitad de la familia tiene que mudarse de su residencia (nosotros lo hicimos dos veces), y sin embargo, cada hombre en la ciudad es un centro a través del cual pasan innumerables diámetros, llevando hilos de todo tipo de contagios. No hay obstáculo: el panadero, el sastre, el cochero, las lavanderas.

"Y me comprometería, por cada hombre que se muda por cuenta del contagio, a encontrar en su nueva residencia otro contagio similar, si no el

mismo.

"Pero eso no es todo. Todos conocen a personas ricas que, después de un caso de difteria, destruyen todo en sus residencias, y luego se enferman en casas recién construidas y amuebladas. Todos conocen también a numerosos hombres que entran en contacto con personas enfermas y no se infectan. Nuestras ansiedades se deben a las personas que difunden historias exageradas. Una mujer dice que tiene un médico excelente. 'Perdóneme', responde la otra, 'él mató a tal o cual', o a tal o cual. Y viceversa. Tráele a otro, que no sabe más, que aprendió de los mismos libros, que trata según las mismas fórmulas, pero que anda en carruaje y cobra cien rublos por visita, y ella tendrá fe en él.

"Todo radica en el hecho de que nuestras mujeres son salvajes. No tienen fe en Dios, pero algunas creen en el mal de ojo, y otras en médicos que cobran tarifas altas. Si tuvieran fe, sabrían que la escarlatina, la difteria, etc., no son tan terribles, ya que no pueden perturbar lo que el hombre puede y debe amar: el alma. Solo pueden resultar en lo que ninguno de nosotros puede evitar: enfermedad y muerte. Sin fe en Dios, solo aman físicamente, y toda su energía se concentra en la preservación de la vida, que no se puede preservar, y que los médicos prometen salvar a los tontos de ambos sexos. Y desde ese momento no hay nada que hacer; los médicos deben ser llamados.

"De esta manera, la presencia de los niños no solo no mejoró nuestras relaciones como marido y mujer, sino que, por el contrario, nos desunía. Los niños se convirtieron en una causa adicional de disputa, y cuanto más crecían, más se convertían en un instrumento de lucha.

"Se diría que los usábamos como armas para combatirnos entre nosotros. Cada uno de nosotros tenía su favorito. Yo me valía del pequeño Basile (el mayor), ella de Lise. Además, cuando los niños llegaron a una edad en la que sus caracteres comenzaron a definirse, se convirtieron en aliados, que cada uno arrastraba en su propia dirección. Sufrieron horriblemente por esto, los pobres, pero nosotros, en nuestro perpetuo alboroto, no teníamos la cabeza despejada para pensar en ellos. La niña estaba dedicada a mí, pero el hijo mayor, que se parecía a mi esposa, su favorita, a menudo me inspiraba desagrado."

## CAPÍTULO XVII

"Vivimos al principio en el campo, luego en la ciudad, y, si no hubiera ocurrido la desgracia final, habría vivido así hasta mi vejez y entonces habría creído que había tenido una buena vida, no demasiado buena, pero, por otro lado, no mala, una existencia como la que llevan otras personas. No habría entendido el abismo de desgracia e ignominiosa falsedad en el que me debatía, sintiendo que algo no estaba bien. Sentía, en primer lugar, que yo, un hombre, que, según mis ideas, debería ser el amo, llevaba las faldas, y que no podía deshacerme de ellas. La principal causa de mi sumisión eran los niños. Me habría gustado liberarme, pero no podía. Criando a los niños y apoyándose en ellos, mi esposa gobernaba. No me daba cuenta entonces de que ella no podía evitar gobernar, especialmente porque, al casarse, era moralmente superior a mí, como toda joven es incomparablemente superior al hombre, ya que es incomparablemente más pura. ¡Qué cosa más extraña! La esposa ordinaria en nuestra sociedad es una persona muy común o peor, egoísta, chismosa, caprichosa, mientras que la joven ordinaria, hasta los veinte años, es un ser encantador, dispuesto a todo lo que es bello y elevado. ¿Por qué es así? Evidentemente porque los maridos las pervierten y las rebajan a su propio nivel.

"En verdad, si los niños y las niñas nacen iguales, las niñas se encuentran en una mejor situación. En primer lugar, la joven no está sometida a las condiciones pervertidoras a las que estamos sometidos nosotros. No tiene cigarrillos, ni vino, ni cartas, ni compañeros, ni tabernas, ni funciones públicas. Y luego lo principal es que ella es físicamente pura, y es por eso que, al casarse, es superior a su marido. Ella es superior al hombre como joven, y

cuando se convierte en esposa en nuestra sociedad, donde no es necesario trabajar para vivir, también se vuelve superior por la gravedad de los actos de generación, nacimiento y lactancia.

"La mujer, al traer un hijo al mundo y darle su pecho, ve claramente que su asunto es más serio que el del hombre, que se sienta en el Zemstvo, en el tribunal. Sabe que en estas funciones lo principal es el dinero, y el dinero se puede ganar de diferentes maneras, y por esa misma razón el dinero no es inevitablemente necesario, como amamantar a un niño. Por lo tanto, la mujer es necesariamente superior al hombre y debe gobernar. Pero el hombre, en nuestra sociedad, no solo no reconoce esto, sino que, por el contrario, siempre la mira desde la altura de su grandeza, despreciando lo que ella hace.

"Así, mi esposa me despreciaba por mi trabajo en el Zemstvo, porque ella daba a luz a niños y los amamantaba. Yo, a su vez, pensaba que el trabajo de la mujer era lo más despreciable, algo de lo que uno podría y debería reírse.

"Aparte de los otros motivos, también estábamos separados por un desprecio mutuo. Nuestras relaciones se volvieron cada vez más hostiles, y llegamos a ese período en el que, no solo el desacuerdo provocaba hostilidad, sino que la hostilidad provocaba desacuerdo. Cualquiera que fuera su opinión, yo estaba seguro de antemano de tener una opinión contraria; y ella lo mismo. Hacia el cuarto año de nuestro matrimonio, se decidió tácitamente entre nosotros que no era posible ninguna comunidad intelectual, y no hicimos más intentos al respecto. En cuanto a los objetos más simples, cada uno se aferraba obstinadamente a su propia opinión. Con extraños hablábamos sobre los temas más variados e íntimos, pero no entre nosotros. A veces, al escuchar a mi esposa hablar con otros en mi presencia, me decía a mí mismo: '¡Qué mujer! ¡Todo lo que dice es mentira!' Y me asombraba que la persona con la que conversaba no viera que estaba mintiendo. Cuando estábamos juntos, estábamos condenados al silencio o a conversaciones que, estoy seguro, podrían haber sido llevadas a cabo por animales.

"¿Qué hora es? Es hora de acostarse. ¿Qué hay para cenar hoy? ¿A dónde vamos? ¿Qué hay en el periódico? Hay que llamar al médico, Lise tiene dolor de garganta.

"A menos que nos mantuviéramos dentro de los límites extremadamente estrechos de tal conversación, la irritación era segura. La presencia de un tercero nos aliviaba, porque a través de un intermediario todavía podíamos comunicarnos. Probablemente ella creía que siempre tenía la razón. En cuanto a mí, en mis propios ojos, era un santo al lado de ella."

"Los períodos de lo que llamamos amor llegaban tan a menudo como antes. Eran más brutales, sin refinamiento, sin adornos; pero eran cortos y generalmente seguidos por períodos de irritación sin causa, irritación alimentada por los pretextos más triviales. Teníamos peleas por el café, el mantel, el carruaje, juegos de cartas, en resumen, nimiedades que no podían tener la menor importancia para ninguno de nosotros. En cuanto a mí, una terrible execración bullía continuamente dentro de mí. La observaba servir el té, balancear su pie, levantar la cuchara a su boca y soplar líquidos calientes o sorberlos, y la detestaba como si fueran tantos crímenes.

"No noté que estos períodos de irritación dependían muy regularmente de los períodos de amor. Cada uno de los últimos era seguido por uno de los primeros. Un período de amor intenso era seguido por un largo período de ira; un período de amor suave inducía una irritación leve. No entendíamos que este amor y este odio eran dos caras opuestas del mismo sentimiento animal. Vivir así sería terrible si uno entendiera la filosofía de ello. Pero no lo percibíamos, no lo analizábamos. Es al mismo tiempo la tortura y el alivio del hombre que, cuando vive irregularmente, puede albergar ilusiones sobre las miserias de su situación. Así lo hicimos nosotros. Ella trataba de olvidarse en ocupaciones súbitas y absorbentes, en tareas domésticas, el cuidado de los muebles, su vestimenta y la de sus hijos, en la educación de estos últimos y en cuidar de su salud. Estas eran ocupaciones que no surgían de ninguna necesidad inmediata, pero las realizaba como si su vida y la de sus hijos dependieran de si la repostería se quemaba, si una cortina colgaba correctamente, si un vestido era un éxito, si una lección se aprendía bien o si se tragaba una medicina.

"Veía claramente que para ella todo esto era, más que cualquier otra cosa, un medio para olvidar, una intoxicación, igual que la caza, el juego de cartas y mis funciones en el Zemstvo servían el mismo propósito para mí. Es cierto que además tenía una intoxicación en sentido literal: el tabaco, que fumaba en grandes cantidades, y el vino, del que no me emborrachaba, pero del que tomaba demasiado. Vodka antes de las comidas y durante las comi-

das dos copas de vino, de modo que una neblina perpetua ocultaba la agitación de la existencia."

"Estas nuevas teorías sobre el hipnotismo, las enfermedades mentales y la histeria no son simples estupideces, sino estupideces peligrosas o malvadas. Charcot, estoy seguro, habría dicho que mi esposa era histérica, y de mí habría dicho que yo era un ser anormal, y habría querido tratarme. Pero en nosotros no había nada que requiriera tratamiento. Toda esta enfermedad mental era el simple resultado del hecho de que vivíamos de manera inmoral. Gracias a esta vida inmoral, sufríamos y, para ahogar nuestros sufrimientos, intentábamos medios anormales, que los médicos llaman los 'síntomas' de una enfermedad mental: histeria.

"No había necesidad en todo esto de solicitar tratamiento a Charcot ni a nadie más. Ni la sugestión ni el bromuro habrían sido efectivos para curarnos. Lo necesario era examinar el origen del mal. Es como cuando uno está sentado sobre un clavo; si ves el clavo, ves lo que es irregular en tu vida y lo evitas. Entonces el dolor se detiene, sin necesidad de sofocarlo. Nuestro dolor surgía de la irregularidad de nuestra vida, y también mi celos, mi irritabilidad y la necesidad de mantenerme en un estado de semi-intoxicación perpetua mediante la caza, el juego de cartas y, sobre todo, el uso del vino y el tabaco. Fue por esta irregularidad que mi esposa perseguía tan apasionadamente sus ocupaciones. Los cambios repentinos de su disposición, de una tristeza extrema a una alegría extrema, y su palabrería, surgían de la necesidad de olvidarse a sí misma, de olvidar su vida, en la intoxicación continua de ocupaciones variadas y muy breves.

"Así vivíamos en una neblina perpetua, en la que no distinguíamos nuestra condición. Éramos como dos galeotes atados a la misma bola, maldiciéndonos mutuamente, envenenando la existencia del otro e intentando sacudirnos el uno al otro. Todavía no sabía que noventa y nueve familias de cada cien viven en el mismo infierno, y que no puede ser de otra manera. No había aprendido este hecho de otros ni de mí mismo. Las coincidencias que se encuentran en la vida regular e incluso en la irregular son sorprendentes. En el mismo período en que la vida de los padres se vuelve imposible, se vuelve indispensable que vayan a la ciudad a vivir, para educar a sus hijos. Eso es lo que hicimos".



Posdnicheff se quedó en silencio y, dos veces, en la penumbra, escaparon de él suspiros que en ese momento me parecieron sollozos reprimidos. Luego continuó.

## CAPÍTULO XVIII

"Y así vivimos en la ciudad. En la ciudad los miserables se sienten menos tristes. Se puede vivir allí cien años sin ser notado, y estar muerto mucho tiempo antes de que alguien se dé cuenta. La gente no tiene tiempo para indagar sobre tu vida. Todos están absortos. Negocios, relaciones sociales, arte, la salud de los niños, su educación. Y hay visitas que deben recibirse y hacerse; es necesario ver a este, es necesario escuchar a aquel o al otro. En la ciudad siempre hay una, dos o tres celebridades que es indispensable que uno visite.

"Ahora uno debe cuidarse a sí mismo, o cuidar a tal o cual pequeño, ahora es el profesor, el tutor privado, las institutrices... y la vida es absolutamente vacía. En esta actividad éramos menos conscientes de los sufrimientos de nuestra convivencia. Además, al principio, teníamos una ocupación magnífica: la organización de la nueva vivienda, y luego, también, el traslado de la ciudad al campo y del campo a la ciudad.

"Así pasamos un invierno. El invierno siguiente nos ocurrió un incidente que pasó desapercibido, pero que fue la causa fundamental de todo lo que sucedió después. Mi esposa estaba sufriendo, y los canallas (los médicos) no le permitían concebir un hijo, y le enseñaron cómo evitarlo. Yo estaba profundamente disgustado. Luché en vano contra ello, pero ella insistió frívolamente y con obstinación, y yo me rendí. La última justificación de nuestra vida como miserables fue así suprimida, y la vida se volvió más baja que nunca.

"El campesino y el trabajador necesitan hijos, y por lo tanto sus relaciones conyugales tienen una justificación. Pero nosotros, cuando ya tenemos unos cuantos hijos, no necesitamos más. Hacen una confusión superflua de gastos y herederos conjuntos, y son un estorbo. Por lo tanto, no tenemos excusas para nuestra existencia como miserables, pero estamos tan profundamente degradados que no vemos la necesidad de una justificación. La mayoría de las personas en la sociedad contemporánea se entregan a esta depravación sin el más mínimo remordimiento. Ya no nos queda conciencia, excepto, por así decirlo, la conciencia de la opinión pública y del código penal. Pero en este asunto ninguna de estas conciencias es golpeada. No hay un ser en la sociedad que se sonroje por ello. Cada uno lo practica: X, Y, Z, etc. ¿Para qué multiplicar mendigos y privarnos de las alegrías de la vida social? No hay necesidad de tener conciencia ante el código penal, o de temerle: las chicas de baja estofa, las esposas de los soldados que arrojan a sus hijos en estanques o pozos, ciertamente deben ser encarceladas. Pero con nosotros la supresión se efectúa oportunamente y adecuadamente.

"Así pasamos dos años más. El método recetado por los canallas había tenido éxito evidentemente. Mi esposa había engordado y estaba más hermosa. Era la belleza del final del verano. Ella lo sentía y prestaba mucha atención a su persona. Había adquirido esa belleza provocativa que excita a los hombres. Estaba en todo el esplendor de la esposa de treinta años, que no concibe hijos, come con apetito y está excitada. La sola vista de ella era suficiente para asustar a uno. Era como un caballo de carruaje enérgico que ha estado ocioso durante mucho tiempo y de repente se encuentra sin freno. En cuanto a mi esposa, no tenía freno, como por cierto, no tienen el noventa y nueve por ciento de nuestras mujeres."

## CAPÍTULO XIX

La cara de Posdnicheff había cambiado por completo; sus ojos parecían lamentables; su expresión era extraña, como la de otro ser que no fuera él mismo; su bigote y barba se dirigían hacia arriba en su rostro; su nariz se había reducido, y su boca se agrandó, inmensa, aterradora.

"Sí", continuó, "ella había engordado desde que dejó de concebir, y sus ansiedades sobre sus hijos comenzaron a desaparecer. No solo a desaparecer. Se diría que estaba despertando de una larga intoxicación, que al volver en sí había percibido todo el universo con sus alegrías, todo un mundo en el que no había aprendido a vivir y que no entendía.

"Solo espero que este mundo no desaparezca. Cuando el tiempo haya pasado, cuando llegue la vejez, no se puede recuperar'. Así, creo, pensaba, o más bien sentía. Además, no podía pensar ni sentir de otra manera. Había sido educada con esta idea de que hay en el mundo solo una cosa digna de atención: el amor. Al casarse, había conocido algo de este amor, pero muy lejos de todo lo que había entendido que se le prometía, todo lo que esperaba. ¡Cuántas desilusiones! ¡Cuánto sufrimiento! Y una tortura inesperada: ¡los niños! Esta tortura había recaído sobre ella, y luego, gracias al médico complaciente, había aprendido que es posible evitar tener hijos. Eso la había alegrado. Lo había intentado, y ahora estaba revivida para la única cosa que conocía: el amor. Pero el amor con un esposo contaminado por los celos y la mala naturaleza ya no era su ideal. Comenzó a pensar en alguna otra ternura; al menos, eso es lo que yo pensaba. Miraba a su alrededor como esperando algún evento o algún ser. Lo noté, y no pude evitar estar ansioso.

"Siempre, ahora, sucedía que, al hablar conmigo a través de un tercero (es decir, al hablar con otros, pero con la intención de que yo escuchara), ella expresaba audazmente, sin pensar que una hora antes había dicho lo contrario, medio en broma, medio en serio, esta idea de que las ansiedades maternas son una ilusión; que no vale la pena sacrificar la vida por los hijos. Cuando uno es joven, es necesario disfrutar de la vida. Así que se ocupó menos de los niños, no con la misma intensidad que antes, y prestó más y más atención a sí misma, a su rostro, aunque lo ocultaba, a sus placeres e incluso a su perfección desde el punto de vista mundano. Comenzó a dedicarse apasionadamente al piano, que antes había estado olvidado en un rincón. Allí, en el piano, comenzó la aventura.

"El HOMBRE apareció".

Posdnicheff parecía incómodo y dos veces más escapó de él aquel sonido nasal del que hablé anteriormente. Pensé que le causaba dolor referirse al HOMBRE, y recordarlo. Hizo un esfuerzo, como para derribar el obstáculo que le incomodaba, y continuó con determinación.

"Él era un hombre malo a mis ojos, y no porque haya jugado un papel tan importante en mi vida, sino porque realmente lo era. Por lo demás, del hecho de que era malo, debemos concluir que era irresponsable. Era músico, violinista. No un músico profesional, sino mitad hombre de mundo, mitad artista. Su padre, un propietario rural, era vecino de mi padre. El padre se arruinó y los hijos, tres varones, fueron enviados a distintos lugares. Nuestro hombre, el más joven, fue enviado a su madrina en París. Allí lo colocaron en el Conservatorio, porque mostró gusto por la música. Salió violinista y tocó en conciertos".

En el punto de hablar mal del otro, Posdnicheff se detuvo, se detuvo y dijo de repente:

"En verdad, no sé cómo vivía. Solo sé que ese año vino a Rusia y vino a verme. Ojos húmedos de forma almendrada, labios rojos sonrientes, un pequeño bigote bien encerado, cabello peinado a la última moda, un rostro bonito de manera vulgar, lo que las mujeres llaman 'no está mal', físicamente débil, pero sin deformidades; con caderas tan anchas como las de una mujer; correcto e insinuándose en la familiaridad de las personas tanto como sea posible, pero teniendo ese agudo sentido que detecta rápidamente un paso en falso y se retira razonablemente, un hombre, en resumen, observa-

dor de las reglas externas de dignidad, con ese especial parisinismo que se revela en botas abotonadas, una corbata llamativa y ese algo que los extranjeros recogen en París y que, en su peculiaridad y novedad, siempre influye en nuestras mujeres. En sus maneras una alegría externa y artificial, una forma, ya sabes, de referirse a todo con insinuaciones, con fragmentos inacabados, como si todo lo que uno dice ya lo supieras, lo recordaras y pudieras completar las omisiones. Bueno, él, con su música, fue la causa de todo.

"En el juicio, el asunto se representó de manera que todo parecía atribuible a los celos. Es falso, es decir, no del todo falso, pero había algo más. El veredicto fue que yo era un esposo engañado, que había matado en defensa de mi honor mancillado (así es como lo ponen en su lenguaje), y así fui absuelto. Traté de explicar el asunto desde mi punto de vista, pero concluyeron que simplemente quería rehabilitar la memoria de mi esposa. Sus relaciones con el músico, sean lo que fueren, ahora no me importan a mí ni a ella. La parte importante es lo que te he contado. Toda la tragedia se debió al hecho de que este hombre llegó a nuestra casa en un momento en que ya se había cavado un abismo inmenso entre nosotros, esa tensión espantosa de odio mutuo, en la que el más leve motivo bastaba para precipitar la crisis. Nuestras peleas en los últimos días fueron algo terrible, y tanto más asombrosas porque eran seguidas por una pasión brutal extremadamente tensa. Si no hubiera sido él, habría venido otro. Si el pretexto no hubiera sido los celos, habría encontrado otro. Insisto en este punto: todos los esposos que viven la vida matrimonial que yo viví deben recurrir a la depravación externa, o separarse de sus esposas, o suicidarse, o matar a sus esposas como yo hice. Si hay alguien en mi caso a quien esto no le suceda, es una excepción muy rara, porque, antes de terminar como yo terminé, estuve varias veces al borde del suicidio, y mi esposa intentó envenenarse varias veces".

## CAPÍTULO XX

"Para que me entiendas, debo contarte cómo sucedió esto. Vivíamos juntos, y todo parecía ir bien. De repente, comenzamos a hablar sobre la educación de los niños. No recuerdo qué palabras pronunciamos cada uno, pero empezó una discusión, reproches, saltos de un tema a otro. 'Sí, lo sé. Ha sido así durante mucho tiempo.'... 'Tú dijiste eso.'... 'No, yo no dije eso.'... '¿Entonces miento?' etc.

"Y sentí que se acercaba la terrible crisis en la que desearía matarla o matarme. Sabía que se acercaba; tenía miedo de ello como del fuego; quería contenerme. Pero la ira se apoderó de todo mi ser. Mi esposa se encontraba en la misma condición, quizás peor. Ella sabía que tergiversaba intencionalmente cada una de mis palabras, y cada una de sus palabras estaba saturada de veneno. Todo lo que me era querido lo despreciaba y profanaba. Cuanto más avanzaba la pelea, más furiosa se volvía. Grité, 'Cállate,' o algo así.

"Ella salió corriendo de la habitación hacia los niños. Intenté detenerla para terminar mis insultos. La agarré del brazo y la lastimé. Ella gritó: 'Niños, vuestro padre me está golpeando.' Grité: 'No mientas.' Ella continuó diciendo falsedades con el simple propósito de irritarme más. 'Ah, no es la primera vez,' o algo por el estilo. Los niños corrieron hacia ella e intentaron calmarla. Dije: 'No finjas.' Ella dijo: 'Tú lo ves todo como una farsa. Podrías matar a alguien y decir que estaba fingiendo. Ahora te entiendo. Eso es lo que quieres hacer.' '¡Oh, si solo estuvieras muerta!' grité."

"Recuerdo cómo esa frase terrible me asustó. Nunca había pensado que podría pronunciar palabras tan brutales, tan espantosas, y me quedé estupe-

facto ante lo que acababa de salir de mis labios. Hui a mi habitación privada. Me senté y comencé a fumar. La oí salir al pasillo y prepararse para salir. Le pregunté: '¿A dónde vas?' No respondió. 'Bueno, que te lleve el diablo,' me dije a mí mismo, volviendo a mi habitación privada, donde me tumbé de nuevo y comencé a fumar de nuevo. Miles de planes de venganza, maneras de deshacerme de ella, cómo organizarlo y actuar como si nada hubiera pasado, todo eso pasaba por mi cabeza. Pensé en estas cosas, y fumé, y fumé, y fumé. Pensé en huir, en escapar, en ir a América. Llegué a soñar con lo hermoso que sería, después de deshacerme de ella, amar a otra mujer, totalmente diferente a ella. Me libraría de ella si muriera o si obtuviera un divorcio, e intenté pensar cómo podría manejarse. Vi que me estaba confundiendo, pero, para no ver que no estaba pensando correctamente, seguí fumando.

"Y la vida de la casa continuó como de costumbre. El maestro de los niños vino y preguntó: '¿Dónde está la señora? ¿Cuándo volverá?'"

"Los sirvientes preguntaron si debían servir el té. Entré en el comedor. Los niños, Lise, la niña mayor, me miró con miedo, como si me interrogara, y ella no vino. Pasó toda la tarde, y aún no volvía. Dos sentimientos se sucedían uno tras otro en mi alma: odio hacia ella, ya que torturaba a mí y a los niños con su ausencia, pero finalmente volvería de todos modos, y miedo de que pudiera volver y hacerse algo. Pero, ¿dónde buscarla? ¿En casa de su hermana? Parecía tan estúpido ir a preguntar dónde está la esposa de uno. Además, que Dios lo prohíba, esperaba que estuviera en casa de su hermana. Si quiere atormentar a alguien, que se atormente primero a sí misma. Y supongamos que no estuviera en casa de su hermana.

"Supongamos que hiciera o ya hubiera hecho algo.

"Las once, la medianoche, la una... No dormí. No fui a mi habitación. Es estúpido estar tumbado solo y esperar. Pero en mi estudio no descansé. Traté de ocuparme, escribir cartas, leer. ¡Imposible! Estaba solo, atormentado, malvado, y escuchaba. Hacia el amanecer me dormí. Me desperté. Ella no había vuelto. Todo en la casa seguía como de costumbre, y todos me miraban con asombro, interrogantes. Los ojos de los niños estaban llenos de reproche hacia mí.

"Y siempre el mismo sentimiento de ansiedad por ella, y de odio por esta ansiedad."



"Hacia las once de la mañana llegó su hermana, su embajadora. Entonces comenzaron las frases habituales: 'Está en un estado terrible. ¿Qué pasa?' 'Pues, no ha pasado nada.' Hablé de su aspereza de carácter, y añadí que yo no había hecho nada, y que no daría el primer paso. ¡Si quiere un divorcio, tanto mejor! Mi cuñada no quería escuchar esta idea y se fue sin haber logrado nada. Yo era obstinado, y dije con audacia y determinación, al hablar con ella, que no daría el primer paso. Inmediatamente después de que se fue, entré en la otra habitación, y vi a los niños en un estado asustado y lamentable, y allí me encontré ya inclinado a dar este primer paso. Pero estaba atado por mi palabra. De nuevo caminé de un lado a otro, siempre fumando. En el desayuno bebí brandy y vino, y alcancé el punto que inconscientemente deseaba, el punto en el que ya no veía la estupidez y la bajeza de mi situación.

"Hacia las tres ella llegó. Pensé que estaba apaciguada, o admitía su derrota. Comencé a decirle que estaba provocado por sus reproches. Ella me respondió, con el mismo rostro severo y terriblemente abatido, que no había venido por explicaciones, sino para llevarse a los niños, que no podíamos vivir juntos. Respondí que no era mi culpa, que ella me había sacado de quicio. Ella me miró con un aire severo y solemne, y dijo: 'No digas más. Te arrepentirás.' Dije que no podía tolerar comedias. Entonces ella gritó algo que no entendí y corrió hacia su habitación. La llave giró en la cerradura, y se encerró. Empujé la puerta. No hubo respuesta. Furioso, me fui.

"Media hora más tarde Lise vino corriendo toda en lágrimas. '¿Qué! ¿Ha pasado algo? ¡No podemos oír a Mamá!' Fuimos hacia la habitación de mi esposa. Empujé la puerta con todas mis fuerzas. El cerrojo apenas estaba echado, y la puerta se abrió. En una falda, con botas altas, mi esposa yacía torpemente en la cama. En la mesa, un frasco de opio vacío. La devolvimos a la vida. ¡Lágrimas y luego reconciliación! No reconciliación; internamente cada uno mantenía el odio hacia el otro, pero era absolutamente necesario por el momento terminar la escena de alguna manera, y la vida comenzó de nuevo como antes. Estas escenas, e incluso peores, se repetían ahora una vez a la semana, ahora cada mes, ahora cada día. E invariablemente los mismos incidentes. Una vez estuve absolutamente resuelto a huir, pero por alguna inconcebible debilidad me quedé.

"Estas eran las circunstancias en las que vivíamos cuando llegó el HOMBRE. El hombre era malo, es cierto. Pero ¡qué! No peor que nosotros."

## CAPÍTULO XXI

"Cuando nos mudamos a Moscú, este caballero —su nombre era Troukhatchevsky— vino a mi casa. Era por la mañana. Lo recibí. En tiempos anteriores habíamos sido muy familiares. Él intentó, mediante varios avances, restablecer la familiaridad, pero yo estaba decidido a mantenerlo a distancia, y pronto lo dejó. Me desagradaba extremadamente. A primera vista vi que era un libertino repugnante. Estaba celoso de él, incluso antes de que hubiera visto a mi esposa. Pero, ¡cosa extraña! algún poder fatal oculto me impidió rechazarlo y enviarlo lejos, y, por el contrario, me indujo a tolerar esta aproximación. ¿Qué podría haber sido más simple que hablar con él unos minutos y luego despedirlo fríamente sin presentárselo a mi esposa? Pero no, como si fuera a propósito, dirigí la conversación hacia su habilidad como violinista, y él respondió que, contrariamente a lo que yo había oído, ahora tocaba el violín más que antes. Recordó que yo solía tocar. Respondí que había abandonado la música, pero que mi esposa tocaba muy bien.

"¡Cosa singular! ¿Por qué, en los eventos importantes de nuestra vida, en aquellos en los que se decide el destino de un hombre —como se decidió el mío en ese momento—, por qué en estos eventos no hay ni pasado ni futuro? Mis relaciones con Troukhatchevsky el primer día, en la primera hora, eran tales como podrían haber sido aún después de todo lo que ha sucedido. Era consciente de que algún terrible infortunio debía resultar de la presencia de este hombre, y, a pesar de eso, no podía evitar ser amable con él. Lo presenté a mi esposa. Ella estaba complacida con él. Al principio, supongo, debido al placer de tocar el violín, que adoraba. Incluso había contratado para ese propósito a un violinista del teatro. Pero cuando me echó una mirada,

entendió mis sentimientos y ocultó su impresión. Entonces comenzó el engaño y el engaño mutuo. Sonreí amablemente, pretendiendo que todo esto me complacía extremadamente. Él, mirando a mi esposa, como todos los libertinos miran a las mujeres hermosas, con un aire de estar interesado únicamente en el tema de conversación, es decir, en lo que no le interesaba en absoluto.

"Ella trató de parecer indiferente. Pero mi expresión, mi sonrisa celosa o falsa, que ella conocía tan bien, y las miradas voluptuosas del músico, evidentemente la excitaban. Vi que, después del primer encuentro, sus ojos ya estaban brillando, brillando extrañamente, y que, gracias a mis celos, entre él y ella se había establecido inmediatamente esa especie de corriente eléctrica que se provoca por una identidad de expresión en la sonrisa y en los ojos."

"Hablamos, en el primer encuentro, de música, de París y de todo tipo de trivialidades. Él se levantó para irse. Presionando su sombrero contra su cadera oscilante, se puso de pie, mirándola a ella y luego a mí, como si esperara ver qué haría ella. Recuerdo ese minuto, precisamente porque estaba en mi poder no invitarlo. No tenía que haberlo invitado, y entonces nada habría pasado. Pero eché una mirada primero a él, luego a ella. 'No te hagas ilusiones de que puedo estar celoso de ti', pensé, dirigiéndome mentalmente a ella, e invité al otro a traer su violín esa misma noche, y tocar con mi esposa. Ella levantó sus ojos hacia mí con asombro, y su rostro se volvió púrpura, como si estuviera asaltada por un miedo repentino. Empezó a excusarse, diciendo que no tocaba lo suficientemente bien. Esta negativa solo me excitó más. Recuerdo la extraña sensación con la que miré su cuello, su cuello blanco, en contraste con su cabello negro, separado por una raya, cuando, con su andar saltarín, como el de un pájaro, dejó mi casa. No podía dejar de confesar para mí mismo que la presencia de este hombre me causaba sufrimiento. 'Está en mi poder', pensé, 'organizar las cosas de manera que nunca más lo vea. ¿Pero puede ser que yo, yo, le tema? No, no le temo. Sería demasiado humillante.'

"Y allí en el pasillo, sabiendo que mi esposa me oía, insistí en que viniera esa misma noche con su violín. Me lo prometió y se fue. Por la noche llegó con su violín, y tocaron juntos. Pero durante mucho tiempo las cosas no salieron bien; no teníamos la música necesaria, y la que teníamos mi esposa no podía tocar a primera vista. Me divertía con sus dificultades. Los ayudé,

hice propuestas, y finalmente ejecutaron algunas piezas: canciones sin palabras y una pequeña sonata de Mozart. Él tocaba de manera maravillosa. Tenía lo que se llama el tono enérgico y tierno. En cuanto a dificultades, para él no había ninguna. Apenas había comenzado a tocar, su rostro cambió. Se volvió serio y mucho más simpático. Era, no hace falta decir, mucho más hábil que mi esposa. La ayudaba, la aconsejaba de manera simple y natural, y al mismo tiempo jugaba su juego con cortesía. Mi esposa parecía interesada solo en la música. Era muy sencilla y agradable. Durante toda la noche fingí, no solo para los demás, sino para mí mismo, un interés únicamente en la música. Realmente, estaba continuamente torturado por los celos. Desde el primer minuto en que los ojos del músico se encontraron con los de mi esposa, vi que no la consideraba una mujer desagradable, con la que en ocasiones sería desagradable entablar relaciones íntimas."

"Si hubiera sido puro, no habría soñado con lo que él podría pensar de ella. Pero yo miraba a las mujeres, y por eso lo entendía y estaba en tortura. Estaba en tortura, especialmente porque estaba seguro de que hacia mí ella no tenía otro sentimiento que el de irritación perpetua, a veces interrumpida por la sensualidad habitual, y que este hombre, gracias a su elegancia externa y su novedad, y, sobre todo, gracias a su talento indiscutiblemente notable, gracias a la atracción ejercida bajo la influencia de la música, gracias a la impresión que la música produce en las naturalezas nerviosas, este hombre no solo le agradaría, sino que inevitablemente, y sin dificultad, la subyugaría y conquistaría, y haría con ella lo que quisiera.

"No podía evitar ver esto. No podía evitar sufrir, ni dejar de estar celoso. Y estaba celoso, y sufría, y a pesar de eso, y quizás incluso por eso, una fuerza desconocida, en contra de mi voluntad, me impulsaba a ser no solo cortés, sino más que cortés, amable. No puedo decir si lo hice por mi esposa, o para mostrarle a él que no le temía, o para engañarme a mí mismo; pero desde mis primeras relaciones con él no pude estar a gusto. Estaba obligado, para no ceder al deseo de matarlo inmediatamente, a 'acariciarlo'. Llené su vaso en la mesa, me entusiasmé con su interpretación, hablé con él con una sonrisa extremadamente amable, y lo invité a cenar el domingo siguiente, y a tocar nuevamente. Le dije que invitaría a algunos de mis conocidos, amantes de su arte, para escucharlo.

"Dos o tres días después estaba entrando en mi casa, conversando con un amigo, cuando en el pasillo sentí de repente algo tan pesado como una pie-

dra en mi corazón, y no podía explicarme por qué. Y era esto, era esto: al pasar por el pasillo, había notado algo que me recordaba a ÉL. No hasta que llegué a mi estudio me di cuenta de qué era, y regresé al pasillo para verificar mi conjetura. Sí, no me había equivocado. Era su abrigo (todo lo que le pertenecía, yo, sin darme cuenta, había observado con extraordinaria atención). Interrogué al sirviente. Eso era. Él había venido.

"Pasé cerca del salón, a través del cuarto de estudio de mis hijos. Lise, mi hija, estaba sentada frente a un libro, y la vieja niñera, con mi hijo menor, estaba junto a la mesa, volteando la tapa de algo. En el salón escuché un arpegio lento, y su voz, amortiguada, y una negativa de ella. Ella decía: '¡No, no! ¡Hay algo más!' Y me pareció que alguien estaba amortiguando intencionadamente las palabras con la ayuda del piano.

"¡Dios mío! ¡Cómo saltó mi corazón! ¡Qué imaginaciones las mías! Cuando recuerdo la bestia que vivía en mí en ese momento, me asalta el miedo. Mi corazón primero se comprimió, luego se detuvo y luego comenzó a latir como un martillo. El sentimiento principal, como en todo mal sentimiento, era la lástima por mí mismo. 'Ante los niños, ante la vieja niñera', pensé, 'ella me deshonra. Me iré. Ya no puedo soportarlo. Dios sabe qué haría si... Pero debo entrar.'"

"La vieja niñera levantó sus ojos hacia los míos, como si entendiera, y me aconsejó que estuviera alerta. 'Debo entrar', me dije a mí mismo, y, sin saber lo que hacía, abrí la puerta. Él estaba sentado al piano haciendo arpeggios con sus largos, blancos y curvados dedos. Ella estaba de pie en el ángulo del piano de cola, frente a la partitura abierta. Ella me vio o escuchó primero y levantó sus ojos hacia los míos. ¿Estaba atónita, fingía no estar asustada o realmente no tenía miedo en absoluto? En cualquier caso, no tembló, no se movió. Se sonrojó, pero solo un poco más tarde.

"'¡Qué alegría que hayas venido! No hemos decidido qué tocaremos el domingo', dijo ella, en un tono que no habría tenido si hubiera estado sola conmigo.

"Ese tono, y la manera en que dijo 'nosotros' al hablar de ella y de él, me repugnaron. Lo saludé en silencio. Él me estrechó la mano directamente, con una sonrisa que me pareció llena de burla. Me explicó que había traído algunas partituras, para prepararse para el concierto del domingo, y que no

estaban de acuerdo sobre la pieza a elegir: si tocar obras difíciles y clásicas, notablemente una sonata de Beethoven, o piezas más ligeras.

"Y mientras hablaba, me miraba. Era todo tan natural, tan sencillo, que absolutamente no había nada de qué quejarse. Y al mismo tiempo vi, estaba seguro, que era falso, que estaban confabulados para engañarme."

"Una de las situaciones más torturadoras para los celosos (y en nuestra vida social todos lo son) son aquellas condiciones sociales que permiten una intimidad muy grande y peligrosa entre un hombre y una mujer bajo ciertos pretextos. Uno debe convertirse en el hazmerreír de todos si desea prevenir asociaciones en el salón de baile, la intimidad de los médicos con sus pacientes, la familiaridad de las ocupaciones artísticas y, especialmente, de la música. Para que las personas puedan ocuparse juntas con el arte más noble, la música, es necesaria cierta intimidad en la que no hay nada reprochable. Solo un esposo celoso y tonto puede tener algo que decir contra esto. Un esposo no debería tener tales pensamientos, y especialmente no debería meterse en estos asuntos, o impedirlos. Y sin embargo, todo el mundo sabe que precisamente en estas ocupaciones, especialmente en la música, muchos adulterios se originan en nuestra sociedad.

"Claramente los había incomodado, porque durante un tiempo no pude decir nada. Era como una botella de repente volteada boca abajo, de la cual el agua no corre porque está demasiado llena. Quería insultar al hombre y echarlo, pero no podía hacer nada de eso. Por el contrario, sentía que los estaba molestando, y que era mi culpa. Hice como que aprobaba todo, también esta vez, gracias a ese extraño sentimiento que me obligaba a tratarlo más amablemente cuanto más dolorosa era su presencia para mí. Dije que confiaba en su gusto y aconsejé a mi esposa hacer lo mismo. Él se quedó el tiempo justo para borrar la impresión desagradable de mi entrada abrupta con una cara asustada. Se fue con aire de satisfacción por las conclusiones a las que habían llegado. En cuanto a mí, estaba perfectamente seguro de que, en comparación con lo que les preocupaba, la cuestión de la música les era indiferente. Lo acompañé con especial cortesía hasta el pasillo (¿cómo no acompañar a un hombre que ha venido a perturbar tu tranquilidad y a arruinar la felicidad de toda la familia?), y estreché su mano blanca y suave con ferviente amabilidad."

## CAPÍTULO XXII

"Durante todo ese día no hablé con mi esposa. No podía. Su proximidad me provocaba tal odio que temía por mí mismo. En la mesa, ella me preguntó, en presencia de los niños, cuándo iba a iniciar un viaje. Iba a ir la semana siguiente a una asamblea del Zemstvo, en una localidad cercana. Indicé la fecha. Preguntó si necesitaría algo para el viaje. No respondí. Me senté en silencio en la mesa y en silencio me retiré a mi estudio. En esos últimos días ella nunca entraba en mi estudio, especialmente a esa hora. De repente escuché sus pasos, su andar, y luego una idea terriblemente baja entró en mi cabeza: que, como la esposa de Urías, quería ocultar una falta ya cometida, y que por eso venía a verme a esa hora inoportuna. '¿Es posible,' pensé, 'que esté viniendo a verme?' Al oír sus pasos acercarse: 'Si viene a verme, entonces tengo razón.'

"Un odio inenarrable invadió mi alma. Los pasos se acercaban más y más. ¿Pasaría de largo y seguiría hacia la otra habitación? No, las bisagras chirriaron, y en la puerta apareció su figura alta, graciosa y lánguida. En su rostro, en sus ojos, una timidez, una expresión insinuante, que intentaba ocultar, pero que yo veía y cuyo significado entendía. Estuve a punto de sofocarme, tal fue mi esfuerzo por contener la respiración, y, mientras continuaba mirándola, tomé mi cigarrillo y lo encendí.

"¿Qué significa esto? Uno viene a hablar contigo, y tú te pones a fumar.'

"Y se sentó a mi lado en el sofá, apoyándose en mi hombro. Me aparté para no tocarla.

"'Veo que estás descontento con lo que quiero tocar el domingo', dijo ella.

"'No estoy descontento en absoluto', dije.

"'¿Acaso no lo veo?'

"'Bueno, te felicito por tu clarividencia. Solo a ti te agrada toda bajeza, y yo la aborrezco.'

"'Si vas a maldecir como un carretero, me voy.'

"'Entonces vete. Solo ten en cuenta que, si el honor de la familia no te importa, a mí sí me importa. ¡Por ti, que te lleve el diablo!'

"'¿Qué? ¿Qué pasa?'

"'Vete, en nombre de Dios.'

"'Pero ella no se fue. ¿Estaba fingiendo no entender o realmente no entendía lo que yo quería decir? Pero se ofendió y se enfadó.

"'Te has vuelto absolutamente insoportable', comenzó, o alguna frase similar sobre mi carácter, tratando, como siempre, de causarme tanto dolor como fuera posible. 'Después de lo que le hiciste a mi hermana (se refería a un incidente con su hermana, en el que, fuera de mí, había proferido brutalidades; sabía que eso me torturaba e intentó tocarme en ese punto sensible) nada me sorprenderá.'"

"'Sí, ofendida, humillada y deshonrada, y después de eso aún me responsabilizan a mí', pensé, y de repente una rabia, un odio como no recuerdo haber sentido antes, me invadió. Por primera vez deseé expresar este odio físicamente. Salté sobre ella, pero en ese mismo momento comprendí mi estado, y me pregunté si sería bueno abandonarme a mi furia. Y me respondí que sí, que la asustaría, y en lugar de resistirme, me azoté y espoleé a mí mismo, y me alegré de sentir mi ira hervir cada vez más ferozmente.

"'¡Vete, o te mato!' grité a propósito, con una voz espantosa, y la agarré del brazo. Ella no se fue. Entonces le retorcí el brazo y la empujé violentamente.

"'¿Qué te pasa? ¡Recupera el sentido!' gritó ella.

"'¡Vete!' rugí, más fuerte que nunca, revolviendo mis ojos salvajemente. '¡Tienes que ser tú la que me ponga en tal furia! ¡No me hago responsable de mí mismo! ¡Vete!'



"Al abandonarme a mi ira, me sumergí en ella y quise cometer algún acto violento para mostrar la fuerza de mi furia. Sentí un terrible deseo de golpearla, de matarla, pero me di cuenta de que eso no podía ser y me contuve. Me alejé de ella, corrí a la mesa, agarré el pisapapeles y lo tiré al suelo a su lado. Me cuidé de apuntar un poco al costado, y, antes de que ella desapareciera (lo hice para que ella pudiera verlo), agarré un candelabro, que también lancé, y luego descolgué el barómetro, continuando gritando:

"¡Vete! ¡No me hago responsable de mí mismo!"

"Ella desapareció, e inmediatamente cesé mis demostraciones. Una hora más tarde, la vieja sirvienta vino a mí y dijo que mi esposa estaba teniendo un ataque de histeria. Fui a verla. Sollozaba y reía, incapaz de expresar nada, todo su cuerpo temblando. No estaba fingiendo, realmente estaba enferma. Llamamos al médico y toda la noche cuidé de ella. Hacia el amanecer se calmó y nos reconciamos bajo la influencia de ese sentimiento que llamábamos 'amor'. A la mañana siguiente, cuando, después de la reconciliación, le confesé que estaba celoso de Troukhatchevsky, no se mostró en absoluto avergonzada y comenzó a reír de la manera más natural, tan extraña le parecía la posibilidad de ser seducida por un hombre como él.

"¿Puede una mujer honesta albergar algún sentimiento hacia un hombre así más allá del placer de disfrutar la música con él? Pero si quieres, estoy dispuesta a no volver a verlo nunca, incluso el domingo, aunque todo el mundo haya sido invitado. Escríbele que estoy indispuesta y eso terminará el asunto. Solo una cosa me molesta: que alguien haya podido pensar que él era peligroso. Soy demasiado orgullosa para no detestar esos pensamientos."

"Y ella no mentía. Creía lo que decía. Esperaba con sus palabras provocar en sí misma un desprecio por él y así defenderse. Pero no tuvo éxito. Todo se volvió en su contra, especialmente esa abominable música. Así terminó la pelea, y el domingo llegaron nuestros invitados, y Troukhatchevsky y mi esposa volvieron a tocar juntos."

## CAPÍTULO XXIII

"Creo que es superfluo decir que era muy vanidoso. Si uno no tiene vanidad en esta vida nuestra, no hay razón suficiente para vivir. Así que para ese domingo me ocupé de arreglar con gusto las cosas para la cena y la velada musical. Yo mismo había comprado numerosas cosas para la cena y había elegido a los invitados. Hacia las seis llegaron, y después de ellos Troukhatchevsky, en su frac, con gemelos de diamantes, de mal gusto. Se comportaba con soltura. A todas las preguntas respondía rápidamente, con una sonrisa de satisfacción y comprensión, y esa expresión peculiar que pretendía decir: 'Todo lo que puedan hacer y decir será exactamente lo que yo esperaba'. Todo en él que no era correcto ahora lo notaba con especial placer, pues todo tendía a tranquilizarme y demostrarme que para mi esposa él estaba en tal grado de inferioridad que, como ella me había dicho, no podía rebajarse a su nivel. Menos por las aseguranzas de mi esposa que por los atroces sufrimientos que sentía por los celos, ya no me permitía estar celoso.

"A pesar de eso, no estaba tranquilo con el músico ni con ella durante la cena y el tiempo que transcurrió antes del comienzo de la música. Involuntariamente seguía cada uno de sus gestos y miradas. La cena, como todas las cenas, fue tediosa y convencional. Poco después comenzó la música. Él fue a buscar su violín; mi esposa se acercó al piano y revolió entre las partituras. ¡Oh, cuánto recuerdo todos los detalles de esa noche! Recuerdo cómo él trajo el violín, cómo abrió la caja, quitó la sarga bordada por mano de una dama y comenzó a afinar el instrumento. Todavía puedo ver a mi esposa sentarse, con un aire falso de indiferencia, bajo el cual era evidente que ocultaba una gran timidez, una timidez que se debía especialmente a su

conocimiento musical relativamente limitado. Se sentó con ese aire falso frente al piano, y luego comenzaron los preliminares habituales: los pizzicatos del violín y la disposición de las partituras. Recuerdo entonces cómo se miraron el uno al otro y echaron un vistazo a sus oyentes que estaban tomando asiento. Se dijeron algunas palabras entre ellos y comenzó la música. Tocarón la 'Sonata a Kreutzer' de Beethoven. ¿Conoces el primer presto? ¿Lo conoces? ¡Ah!...

Posdnicheff suspiró y permaneció en silencio durante mucho tiempo.

"Una cosa terrible es esa sonata, especialmente el presto. ¡Y una cosa terrible es la música en general! ¿Qué es? ¿Por qué hace lo que hace? Dicen que la música conmueve el alma. ¡Tonterías! ¡Una mentira! Actúa, actúa de manera espantosa (hablo por mí mismo), pero no de manera ennoblecida. No actúa ni de manera ennoblecida ni degradante, sino de manera irritante. ¿Cómo lo digo? La música me hace olvidar mi situación real. Me transporta a un estado que no es el mío. Bajo la influencia de la música realmente parece que siento lo que no siento, que entiendo lo que no entiendo, que tengo poderes que no puedo tener. La música me parece actuar como el bostezo o la risa; no tengo ganas de dormir, pero bostezo cuando veo a otros bostezar; sin motivo para reír, me río al escuchar a otros reír. Y la música me transporta inmediatamente al estado de ánimo en el que se encontraba el que escribió la música en ese momento. Me confundo con su alma, y con él paso de un estado a otro. ¿Pero por qué eso? No sé nada al respecto. Pero el que escribió la 'Sonata a Kreutzer' de Beethoven sabía bien por qué se encontraba en cierto estado. Ese estado lo llevó a ciertas acciones, y por esa razón para él tenía un significado, pero para mí ninguno, absolutamente ninguno. Y por eso la música provoca una excitación que no lleva a una conclusión. Por ejemplo, se toca una marcha militar; el soldado marcha al son de esta marcha, y la música termina. Se toca una danza; he terminado de bailar, y la música termina. Se canta una misa; recibo la comunión, y de nuevo la música termina. Pero cualquier otra música provoca una excitación, y esta excitación no va acompañada de la cosa que propiamente debe hacerse, y es por eso que la música es tan peligrosa y a veces actúa de manera tan espantosa.

"En China, la música está bajo el control del Estado, y así es como debe ser. ¿Es admisible que el primero que llegue hipnotice a una o más personas, y luego haga con ellas lo que le plazca? ¿Y especialmente que el hipnotizador sea el primer individuo inmoral que pasa por allí? Es un poder es-

pantoso en manos de cualquiera, sin importar quién. Por ejemplo, ¿deberían permitir tocar esta 'Sonata a Kreutzer', el primer presto, y hay muchas como ella, en salones, entre damas con vestidos escotados, o en conciertos, luego terminar la pieza, recibir aplausos y luego comenzar otra pieza? Estas cosas deberían tocarse bajo ciertas circunstancias, solo en casos en que sea necesario incitar ciertas acciones correspondientes a la música. Pero incitar una energía de sentimiento que no corresponde ni al tiempo ni al lugar, y se gasta en nada, no puede dejar de actuar de manera peligrosa. En particular, esta pieza actuó sobre mí de manera espantosa. Uno diría que nuevos sentimientos, nuevas virtualidades, de las cuales antes era ignorante, se habían desarrollado en mí. '¡Ah, sí, eso es! ¡No en absoluto como vivía y pensaba antes! ¡Así es como se debe vivir!'"

"Así hablaba a mi alma mientras escuchaba esa música. ¿Qué era lo nuevo que así aprendía? Eso no lo comprendía, pero la conciencia de este estado indefinido me llenaba de alegría. En ese estado no había lugar para los celos. Las mismas caras, y entre ellas ÉL y mi esposa, las veía bajo una luz diferente. Esta música me transportaba a un mundo desconocido, donde no había lugar para los celos. Los celos y los sentimientos que los provocan me parecían trivialidades, no dignas de consideración.

"Después del presto siguió el andante, no muy novedoso, con variaciones comunes, y un final débil. Luego tocaron más, a petición de los invitados: primero una elegía de Ernst y luego varias otras piezas. Todo estuvo muy bien, pero no me causaron ni una décima parte de la impresión que la pieza inicial. Me sentí ligero y alegre durante toda la noche. En cuanto a mi esposa, nunca la había visto como esa noche. Esos ojos brillantes, esa severidad y expresión majestuosa mientras tocaba, y luego esa languidez total, esa sonrisa débil, lastimera y feliz después de haber terminado, los vi todos y no les di importancia, creyendo que ella sentía como yo, que a ella, como a mí, se le habían revelado nuevos sentimientos, como a través de una neblina. Durante casi toda la noche no estuve celoso.

"Dos días después debía partir a la asamblea del Zemstvo, y por eso, al despedirse de mí y llevarse todas sus partituras consigo, Troukhatchevsky me preguntó cuándo regresaría. Inferí de eso que él creía imposible venir a mi casa durante mi ausencia, y eso me agradó. Ahora no iba a regresar antes de su partida de la ciudad. Así que nos despedimos definitivamente. Por primera vez estreché su mano con placer y le agradecí por la satisfacción que

me había dado. Él también se despidió de mi esposa, y su despedida me pareció muy natural y adecuada. Todo fue maravillosamente. Mi esposa y yo nos retiramos, bien satisfechos con la velada. Hablamos de nuestras impresiones de manera general, y estábamos más unidos y amistosos de lo que habíamos estado en mucho tiempo."

## CAPÍTULO XXIV

"Dos días después partí hacia la asamblea, habiéndome despedido de mi esposa en un excelente y tranquilo estado de ánimo. En el distrito siempre había mucho por hacer. Era un mundo y una vida aparte. Durante dos días pasé diez horas en las sesiones. La noche del segundo día, al regresar a mi alojamiento en el distrito, encontré una carta de mi esposa, contándome sobre los niños, su tío, los sirvientes y, entre otras cosas, como si fuera perfectamente natural, que Troukhatchevsky había estado en la casa y le había traído las partituras prometidas. También había propuesto que volvieran a tocar juntos, pero ella había rechazado.

"Por mi parte, no recordaba en absoluto que él había prometido alguna partitura. Me había parecido el domingo por la noche que se despidió definitivamente, y por esta razón la noticia me dio una desagradable sorpresa. Leí la carta de nuevo. Había algo tierno y tímido en ella. Me produjo una impresión extremadamente dolorosa. Mi corazón se inflamó y la bestia loca de los celos comenzó a rugir en su guarida, y parecía querer saltar sobre su presa. Pero temía a esta bestia y le impuse silencio.

"¡Qué sentimiento tan abominable es la celosía! '¿Qué podría ser más natural que lo que ella ha escrito?' me dije a mí mismo. Me fui a la cama, pensando que estaba tranquilo de nuevo. Pensé en los asuntos que quedaban por hacer y me dormí sin pensar en ella.

"Durante estas asambleas del Zemstvo siempre dormía mal en mis alojamientos extraños. Esa noche me dormí directamente, pero, como a veces sucede, una especie de sacudida repentina me despertó. Pensé inmediata-

mente en ella, en mi amor físico por ella, en Troukhatchevsky y en que entre ellos todo había sucedido. Y un sentimiento de rabia comprimíó mi corazón, y traté de calmarme.

"¡Qué estupidez!" me dije a mí mismo; 'no hay razón, ninguna en absoluto. ¿Y por qué humillarnos, a ella y a mí mismo, y especialmente a mí mismo, suponiendo tales horrores? Este violinista mercenario, conocido como un hombre malo, ¿debería yo pensar en él en relación con una mujer respetable, madre de familia, MI esposa? ¡Qué tontería!' Pero por otro lado, me dije a mí mismo: '¿Por qué no podría suceder?'"

"¿Por qué? ¿No era el mismo sentimiento simple e inteligible en nombre del cual me casé, en nombre del cual vivía con ella, lo único que quería de ella y lo que, en consecuencia, otros deseaban, este músico entre ellos? No estaba casado, estaba en buena salud (recuerdo cómo sus dientes trituraban el cartílago de las chuletas y cómo vaciaba con avidez el vaso de vino con sus labios rojos), cuidaba de su persona, estaba bien alimentado y no solo carecía de principios, sino que evidentemente tenía el principio de que uno debería aprovechar el placer que se ofrece. Había un vínculo entre ellos, la música, la forma más refinada de voluptuosidad sensual. ¿Qué había para restringirlos? Nada. Todo, por el contrario, los atraía. Y ella, ella había sido y seguía siendo un misterio. No la conocía. La conocía solo como un animal, y un animal nada puede ni debe restringir. Y ahora recuerdo sus rostros el domingo por la noche, cuando, después de la 'Sonata a Kreutzer', tocaron una pieza apasionada, escrita no sé por quién, pero una pieza apasionada hasta el punto de la obscenidad.

"¿Cómo pude haberme ido?" me dije a mí mismo, al recordar sus rostros. '¿No estaba claro que entre ellos todo había sucedido esa noche? ¿No estaba claro que entre ellos no solo no había más obstáculos, sino que ambos, especialmente ella, sentían cierta vergüenza después de lo ocurrido en el piano? ¡Cómo sonrió débilmente, lastimosamente, felizmente, mientras se secaba el sudor de su rostro enrojecido! Ya evitaban mirarse a los ojos, y solo en la cena, cuando ella le sirvió agua, se miraron y sonrieron imperceptiblemente.'

"Ahora recuerdo con miedo esa mirada y esa sonrisa apenas perceptible. 'Sí, todo ha sucedido', me dijo una voz, y enseguida otra dijo lo contrario. '¿Estás loco? ¡Es imposible!' dijo la segunda voz.

"Me resultaba demasiado doloroso permanecer así tendido en la oscuridad. Encendí una cerilla, y la pequeña habitación empapelada de amarillo me asustó. Encendí un cigarrillo y, como siempre sucede cuando uno gira en un círculo de contradicciones inextricables, comencé a fumar. Fumé un cigarrillo tras otro para embotar mis sentidos, para no ver mis contradicciones. Toda la noche no dormí, y a las cinco de la mañana, cuando aún no era de día, decidí que ya no podía soportar más esta tensión y que me iría directamente. Había un tren a las ocho. Desperté al guardián que actuaba como mi sirviente y lo envié a buscar caballos. A la asamblea del Zemstvo envié un mensaje diciendo que me llamaban de vuelta a Moscú por asuntos urgentes y que les rogaba que me sustituyeran por un miembro del Comité. A las ocho me subí a un tarantás y partí."



## CAPÍTULO XXV

"Tuve que recorrer veinticinco verstas en carruaje y ocho horas en tren. El viaje en carruaje fue muy agradable. La frescura del otoño estaba acompañada por un sol brillante. Conoces ese clima en el que las ruedas dejan su huella en el camino embarrado. El camino era llano, la luz fuerte y el aire vigorizante. El tarantás era cómodo. Al mirar los caballos, los campos y la gente que pasábamos, olvidaba a dónde iba. A veces me parecía que viajaba sin objetivo, simplemente paseando, y que seguiría así hasta el fin del mundo. Y era feliz cuando me olvidaba de mí mismo. Pero cuando recordaba a dónde iba, me decía: 'Ya veré más tarde. No pienses en ello'.

"A medio camino, un incidente sucedió para distraerme aún más. El tarantás, aunque nuevo, se averió y tuvo que ser reparado. Las demoras en buscar un telegue, las reparaciones, el pago, el té en la posada, la conversación con el dvornik, todo sirvió para entretenerme. Hacia el anochecer, todo estaba listo y partí de nuevo. El viaje de noche fue aún más agradable que de día. La luna en su primer cuarto, una ligera helada, el camino todavía en buenas condiciones, los caballos, el cochero animado, todo servía para animarme. Apenas pensaba en lo que me esperaba y estaba alegre quizás por la misma cosa que me esperaba, y porque estaba a punto de despedirme de las alegrías de la vida.

"Pero este estado tranquilo, el poder de vencer mi preocupación, todo terminó con el viaje en carruaje. Apenas entré en el tren, comenzó lo otro. Esas ocho horas en el tren fueron tan terribles para mí que nunca las olvidaré en mi vida. ¿Fue porque al entrar en el coche tuve una viva imaginación de haber llegado ya, o porque el ferrocarril actúa sobre las personas de una

manera tan excitante? En cualquier caso, después de abordar el tren, ya no pude controlar mi imaginación, que incesantemente, con extraordinaria vivacidad, dibujaba imágenes ante mis ojos, cada una más cínica que su predecesora, avivando mis celos. Y siempre las mismas cosas sobre lo que estaba sucediendo en casa durante mi ausencia. Ardía de indignación, de rabia y de un sentimiento peculiar que me sumía en la humillación, mientras contemplaba estas imágenes. Y no podía arrancarme de esta condición. No podía evitar mirarlas, no podía borrarlas, no podía dejar de evocarlas.

"Cuanto más miraba estas imágenes imaginarias, más creía en su realidad, olvidando que no tenían un fundamento serio. La vivacidad de estas imágenes parecía probarme que mis imaginaciones eran una realidad. Se diría que un demonio, contra mi voluntad, inventaba y me insuflaba las ficciones más terribles. Una conversación que tuve hace mucho tiempo con el hermano de Troukhatchevsky, recordé en ese momento, en una especie de éxtasis, y me desgarró el corazón al conectarla con el músico y mi esposa. Sí, fue hace mucho tiempo. El hermano de Troukhatchevsky, respondiendo a mis preguntas sobre si frecuentaba casas de mala reputación, dijo que un hombre respetable no va a donde puede contraer una enfermedad, en un lugar bajo y sucio, cuando se puede encontrar una mujer honesta. Y aquí, su hermano, el músico, había encontrado a la mujer honesta. 'Es cierto que ya no está en su juventud. Ha perdido un diente de un lado y su rostro está ligeramente hinchado', pensé por Troukhatchevsky. 'Pero, ¿qué se puede hacer? Uno debe aprovechar lo que tiene'.

"'Sí, está obligado a tomarla como su amante', me dije a mí mismo de nuevo; 'y además, no es peligrosa'.

"'No, no es posible', me respondí con miedo. 'Nada, nada de eso ha sucedido, y no hay razón para suponer que haya sucedido. ¿No me dijo ella que la idea misma de que yo pudiera estar celoso de ella por él era humillante para ella?' 'Sí, pero mintió', grité, y todo comenzó de nuevo.

"Había solo dos viajeros en mi compartimento: una anciana con su marido, ninguno de ellos muy hablador; y ellos también se bajaron en una de las estaciones, dejándome completamente solo. Era como una bestia en una jaula. Ahora me levantaba y me acercaba a la ventana, ahora comenzaba a caminar de un lado a otro, tambaleándome como si esperara hacer que el

tren avanzara más rápido con mis esfuerzos, y el vagón con sus asientos y sus ventanas temblaba continuamente, como el nuestro lo hace ahora."

Y Posdnicheff se levantó abruptamente, dio unos pasos y se sentó de nuevo.

"Oh, temo, temo a los vagones de ferrocarril. El miedo me invade. Me senté de nuevo y me dije a mí mismo: 'Debo pensar en otra cosa. Por ejemplo, en el dueño de la posada donde tomé té'. Y entonces, en mi imaginación, surgió el dvornik, con su larga barba, y su nieto, un chiquillo de la misma edad que mi pequeño Basilio. ¡Mi pequeño Basilio! ¡Mi pequeño Basilio! ¡Verá al músico besar a su madre! ¿Qué pensamientos pasarán por su pobre alma! Pero eso no le importa a ella. Ella ama.

"Y de nuevo comenzó todo, el círculo de los mismos pensamientos. Sufrí tanto que al final no supe qué hacer conmigo mismo, y una idea pasó por mi cabeza que me agradó mucho: salir a las vías, tirarme debajo de los vagones y así terminar con todo. Una cosa me impidió hacerlo. ¡Fue la piedad! Fue piedad por mí mismo, evocando al mismo tiempo un odio hacia ella, hacia él, pero no tanto hacia él. Hacia él sentí un extraño sentimiento de mi humillación y su victoria, pero hacia ella un odio terrible.

"'Pero no puedo matarme y dejarla libre. Ella debe sufrir, debe entender al menos que he sufrido', me dije a mí mismo.

"En una estación vi a gente bebiendo en el mostrador del almuerzo, y directamente fui a tragar un vaso de vodka. A mi lado estaba un judío, bebiendo también. Comenzó a hablarme, y yo, para no quedarme solo en mi compartimento, fui con él a su tercera clase, sucia, llena de humo y cubierta de cáscaras y semillas de girasol. Allí me senté junto al judío y, como parecía, él contó muchas anécdotas."

"Primero lo escuché, pero no entendía lo que decía. Él lo notó y exigió mi atención hacia su persona. Entonces me levanté y entré en mi propio compartimento.

"'Debo considerar', me dije a mí mismo, 'si lo que pienso es cierto, si hay alguna razón para atormentarme.' Me senté, deseando reflexionar tranquilamente; pero enseguida, en lugar de las reflexiones pacíficas, comenzó lo mismo de nuevo. En lugar del razonamiento, las imágenes.

"Cuántas veces me he atormentado de esta manera', pensé (recordé episodios anteriores y similares de celos), 'y luego vi que terminaba en nada en absoluto. Ahora es lo mismo. Quizás, sí, seguramente, la encontraré durmiendo tranquilamente. Se despertará, se alegrará y en sus palabras y miradas veré que nada ha sucedido, que todo esto es en vano. ¡Ah, si solo resultara así!' 'Pero no, eso ha sucedido demasiadas veces. Ahora ha llegado el final', me dijo una voz.

"Y de nuevo comenzó todo. ¡Ah, qué tortura! No es a un hospital lleno de pacientes sifilíticos a donde llevaría a un joven para privarlo del deseo por las mujeres, sino a mi alma, para mostrarle el demonio que la desgarraba. Lo terrible era que reconocía en mí mismo un derecho indiscutible sobre el cuerpo de mi esposa, como si su cuerpo fuera enteramente mío. Y al mismo tiempo sentía que no podía poseer este cuerpo, que no era mío, que ella podía hacer con él lo que quisiera, y que le gustaba hacer con él lo que a mí no me gustaba. Y yo era impotente contra él y contra ella. Él, como el Vanka de la canción, cantaría, antes de subir al patíbulo, cómo besaría sus dulces labios, etc., y él incluso tendría lo mejor de ello antes de la muerte. Con ella era aún peor. Si NO LO HABÍA HECHO, tenía el deseo, quería hacerlo, y yo sabía que lo deseaba. Eso era aún peor. Sería mejor si ya lo hubiera hecho, para aliviarme de mi incertidumbre.

"En resumen, no podía decir lo que deseaba. Deseaba que ella no quisiera lo que DEBÍA querer. Era una locura completa."

## CAPÍTULO XXVI

"En la estación anterior a la última, cuando el conductor vino a recoger los boletos, tomé mi equipaje y salí a la plataforma del vagón, y la conciencia de que el clímax estaba cerca solo añadió a mi agitación. Sentía frío, mi mandíbula temblaba tanto que mis dientes castañeteaban. Mecánicamente salí de la estación con la multitud, tomé un tchik y partí. Miré a las pocas personas que pasaban por las calles y a los dvorniks. Leí los letreros, sin pensar en nada. Después de recorrer medio verst mis pies empezaron a sentir frío, y recordé que en el coche me había quitado los calcetines de lana y los había puesto en mi bolsa de viaje. ¿Dónde había puesto la bolsa? ¿Estaba conmigo? Sí, ¿y la cesta?

"Me di cuenta de que había olvidado completamente mi equipaje. Saqué mi talón de equipaje y luego decidí que no valía la pena volver. Continué mi camino. A pesar de todos mis esfuerzos por recordar, en este momento no puedo entender por qué tenía tanta prisa. Solo sé que era consciente de que un evento serio y amenazante se acercaba en mi vida. Era un caso de auto-sugestión real. ¿Era tan serio porque lo pensaba así? ¿O tenía un presentimiento? No lo sé. Quizás, también, después de lo que ha sucedido, todos los eventos anteriores han tomado un tinte lúgubre en mi memoria.

"Llegué a las escaleras. Era una hora después de la medianoche. Algunos isvotchiks estaban frente a la puerta, esperando clientes, atraídos por las ventanas iluminadas (las ventanas iluminadas eran las de nuestro salón y sala de recepción). Sin intentar explicar esta iluminación tardía, subí las escaleras, siempre con la misma expectativa de algo terrible, y toqué el timbre. El sirviente, un ser bueno, trabajador y muy estúpido, llamado Gregor,

abrió la puerta. Lo primero que saltó a mis ojos en el vestíbulo, en el perchero, entre otras prendas, era un abrigo. Debería haberme sorprendido, pero no me sorprendí. Lo esperaba. '¡Eso es!' me dije a mí mismo.

"Cuando le pregunté a Gregor quién estaba allí y nombró a Troukhatchevsky, pregunté si había otros visitantes. Respondió: 'Nadie'. Recuerdo el aire con que dijo eso, con un tono que pretendía darme placer y disipar mis dudas. '¡Eso es! ¡eso es!' parecía decirme a mí mismo. '¿Y los niños?'

"'Gracias a Dios, están muy bien. Se fueron a dormir hace mucho tiempo.'

"Apenas podía respirar y no podía evitar que mi mandíbula temblara.

"Entonces no era como pensaba. A menudo había regresado a casa con la idea de que me esperaba una desgracia, pero me había equivocado y todo seguía como siempre. Pero ahora las cosas no seguían como siempre. Todo lo que había imaginado, todo lo que creía quimeras, todo existía realmente. Ahí estaba la verdad.

"Estuve a punto de sollozar, pero de inmediato el demonio susurró en mi oído: 'Llora y sé sentimental, y ellos se separarán tranquilamente y no habrá pruebas, y toda tu vida dudarás y sufrirás'. Y la piedad por mí mismo desapareció, y solo quedó la necesidad bestial de alguna acción astuta, astuta y enérgica. Me convertí en una bestia, una bestia inteligente.

"'No, no', le dije a Gregor, que estaba a punto de anunciar mi llegada. 'Haz esto, toma un carruaje y ve de inmediato por mi equipaje. Aquí está el talón. Parte'."

"Gregor se dirigió por el pasillo para tomar su abrigo. Temiendo que pudiera asustarlos, lo acompañé a su pequeña habitación y esperé a que se pusiera sus cosas. En el comedor se podía escuchar el sonido de la conversación y el tintineo de cuchillos y platos. Estaban comiendo. No habían oído el timbre. 'Ahora solo si no salen', pensé.

"Gregor se puso su abrigo con cuello de piel y salió. Cerré la puerta tras él. Me sentí ansioso cuando quedé solo, pensando que en breve tendría que actuar. ¿Cómo? Aún no lo sabía. Solo sabía que todo había terminado, que no podía haber duda de su inocencia, y que en un instante mis relaciones con ella iban a terminar. Antes, todavía tenía dudas. Me decía a mí mismo: 'Quizás esto no es cierto. Quizás me estoy equivocando'. Ahora toda duda

había desaparecido. Todo estaba decidido irrevocablemente. Secretamente, completamente solos con él, ¡de noche! Es una violación de todos los deberes. O, peor aún, ella puede hacer alarde de esa audacia, de esa insolencia en el crimen, que, por su exceso, tiende a probar la inocencia. Todo está claro. Sin dudas. Solo temía una cosa: que pudieran correr en direcciones diferentes, que pudieran inventar alguna nueva mentira y así privarme de pruebas materiales, y del triste placer de castigarlos, sí, de ejecutarlos.

"Y para sorprenderlos más rápidamente, avancé de puntillas hacia el comedor, no a través del salón, sino a través del pasillo y las habitaciones de los niños. En la primera habitación dormía el niño pequeño. En la segunda, la vieja niñera se movió en su cama y parecía a punto de despertarse, y me pregunté qué pensaría cuando supiera todo. Y la lástima por mí mismo me dio un dolor tan fuerte que no pude contener las lágrimas. Para no despertar a los niños, corrí ligeramente a través del pasillo hacia mi estudio. Caí sobre el sofá y sollocé. 'Yo, un hombre honesto, yo, hijo de mis padres, que toda mi vida he soñado con la felicidad familiar, yo que nunca he traicionado... Y aquí mis cinco hijos, y ella abrazando a un músico porque tiene labios rojos. No, ella no es una mujer. ¡Es una perra, una perra sucia! Junto a la habitación de los niños, a quienes ha pretendido amar toda su vida. ¡Y luego pensar en lo que me escribió! ¿Y cómo lo sé? Quizás siempre ha sido así. Quizás todos estos niños, supuestamente míos, son de mis sirvientes. Y si hubiera llegado mañana, ella habría venido a recibirme con su peinado, con su corsé, sus movimientos indolentes y elegantes (y veo sus rasgos atractivos e innobles), y este animal celoso habría permanecido para siempre en mi corazón, desgarrándolo. ¿Qué dirá la vieja niñera? ¿Y Gregor? ¿Y la pobre pequeña Lise? Ella ya entiende las cosas. Y esta impudicia, esta falsedad, esta sensualidad bestial, que conozco tan bien', me dije a mí mismo.

"Traté de levantarme. No pude. Mi corazón latía tan violentamente que no podía mantenerme en pie. 'Sí, moriré de un ataque al corazón. Ella me matará. Eso es lo que ella quiere. ¿Qué le importa matar? Pero sería demasiado agradable para él, y no le permitiré tener ese placer."

"Sí, aquí estoy yo, y allí están ellos. Se están riendo, ellos... Sí, a pesar de que ella ya no está en su juventud, él no la ha despreciado. De todos modos, ella no es fea en absoluto, y sobre todo, no peligrosa para su querida salud, para él. ¿Por qué no la asfixié entonces?' me dije a mí mismo, recordando

esa otra escena de la semana anterior, cuando la eché de mi estudio y rompí los muebles.

"Y recordé el estado en el que estaba entonces. No solo lo recordé, sino que volví a entrar en el mismo estado bestial. Y de repente me vino el deseo de actuar, y todo razonamiento, excepto el necesario para la acción, desapareció de mi cerebro, y estaba en la condición de una bestia, y de un hombre bajo la influencia de la excitación física ante un peligro, que actúa imperturbablemente, sin prisa y sin perder un minuto, persiguiendo un objetivo definido.

"Lo primero que hice fue quitarme las botas, y ahora, solo con calcetines, avancé hacia la pared, sobre el sofá, donde colgaban armas de fuego y dagas, y tomé una hoja curva de Damasco, que nunca había usado y que estaba muy afilada. La saqué de su vaina. Recuerdo que la vaina cayó sobre el sofá y que me dije a mí mismo: 'Debo buscarla más tarde; no debe perderse'.

"Luego me quité el abrigo, que había mantenido puesto todo el tiempo, y con paso de lobo empecé a dirigirme hacia LA HABITACIÓN. No recuerdo cómo procedí, si corrí o fui despacio, por qué cámaras pasé, cómo me acerqué al comedor, cómo abrí la puerta, cómo entré. No recuerdo nada de eso."



## CAPÍTULO XXVII

"Solo recuerdo la expresión de sus rostros cuando abrí la puerta. Eso lo recuerdo, porque despertó en mí un sentimiento de alegría dolorosa. Era una expresión de terror, tal como yo deseaba. Nunca olvidaré ese miedo desesperado y repentino que apareció en sus rostros cuando me vieron. Él, creo, estaba en la mesa y, cuando me vio o escuchó, se sobresaltó, se levantó de un salto y retrocedió hacia la alacena. El miedo era el único sentimiento que se podía leer con certeza en su rostro. En el de ella, también se leía el miedo, pero acompañado de otras impresiones. Y sin embargo, si su rostro hubiera expresado solo miedo, quizás lo que sucedió no habría sucedido. Pero en la expresión de su rostro había en el primer momento—al menos, yo pensé verlo—un sentimiento de fastidio, de descontento, por esta perturbación de su amor y felicidad. Se diría que su único deseo era no ser molestada EN EL MOMENTO DE SU FELICIDAD. Pero estas expresiones aparecieron en sus rostros solo por un momento. El terror casi inmediatamente dio paso a la interrogación. ¿Mentirían o no? Si sí, debían comenzar. Si no, iba a suceder algo más. ¿Pero qué?

"Él le lanzó una mirada interrogativa. En su rostro, la expresión de angustia y fastidio cambió, me pareció, cuando ella lo miró, en una expresión de ansiedad por ÉL. Por un momento me quedé en la puerta, sosteniendo el puñal oculto detrás de mi espalda. De repente él sonrió y, con una voz que era indiferente casi hasta el punto del ridículo, dijo:

"Estábamos haciendo música."

"No esperaba —, ' ella comenzó al mismo tiempo, uniéndose al tono del otro.

"Pero ni él ni ella terminaron sus comentarios. La misma rabia que había sentido la semana anterior se apoderó de mí. Sentí la necesidad de dar rienda suelta a mi violencia y 'la alegría de la ira'.

"No, no terminaron. Iba a comenzar esa otra cosa, de la que él tenía miedo, y que iba a aniquilar lo que querían decir. Me lancé sobre ella, aún ocultando el puñal, para que él no pudiera impedirme golpear donde yo deseaba, en su pecho, debajo del seno. En ese momento él vio... y, lo que no esperaba de su parte, rápidamente agarró mi mano y gritó:

"¡Recupera el sentido! ¿Qué estás haciendo? ¡Ayuda! ¡Ayuda!"

"Me arranqué las manos de su agarre y me lancé sobre él. Debo haber sido muy terrible, pues se puso tan blanco como una sábana, hasta los labios. Sus ojos brillaban de manera singular y, nuevamente lo que no esperaba de él, se arrastró debajo del piano, hacia la otra habitación. Traté de seguirlo, pero un peso muy pesado cayó sobre mi brazo izquierdo. Era ella.

"Hice un esfuerzo para liberarme. Ella se aferró más fuerte que nunca, negándose a soltarme. Este obstáculo inesperado, esta carga y este toque repugnante solo me irritaron más. Percibí que estaba completamente loco, que debía ser espantoso, y me alegró. Con un impulso repentino y con toda mi fuerza, le di a ella, con mi codo izquierdo, un golpe directamente en la cara.

"Ella emitió un grito y soltó mi brazo. Quise seguir al otro, pero sentí que sería ridículo perseguir en calcetines al amante de mi esposa, y no quería ser grotesco, quería ser terrible. A pesar de mi extrema rabia, siempre fui consciente de la impresión que estaba causando en los demás, e incluso esta impresión me guiaba parcialmente.

"Me volví hacia ella. Había caído en el largo sillón y, cubriéndose la cara en el lugar donde la había golpeado, me miró. Sus rasgos mostraban miedo y odio hacia mí, su enemigo, como los muestra la rata cuando uno levanta la trampa para ratas. Al menos, no vi en ella más que ese miedo y odio, el miedo y odio que el amor por otro había provocado. Quizás aún me habría contenido y no habría llegado al extremo, si ella hubiera mantenido silen-

cio. Pero de repente comenzó a hablar; agarró mi mano que sostenía el puñal.

"¡Recupera el sentido! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa? ¡No ha pasado nada, nada, nada! ¡Te lo juro!"

"Podría haber tardado más, pero estas últimas palabras, de las cuales inferí lo contrario de lo que afirmaban, es decir, que TODO había sucedido, esas palabras exigían una respuesta. Y la respuesta debía corresponder a la condición en la que me había azotado a mí mismo, y que estaba aumentando y debía seguir aumentando. La rabia tiene sus leyes.

"¡No mientas, desgraciada! ¡No mientas!" rugí.

"Con mi mano izquierda agarré sus manos. Ella se desprendió. Entonces, sin soltar mi puñal, la agarré por la garganta, la forcé al suelo y comencé a estrangularla. Con sus dos manos agarró las mías, arrancándolas de su garganta, asfixiándose. Luego le asesté un golpe con el puñal en el lado izquierdo, entre las costillas inferiores.

"Cuando la gente dice que no recuerda lo que hace en un ataque de furia, habla tonterías. Es falso. Yo recuerdo todo."

"No perdí la conciencia ni por un momento. Cuanto más me azotaba en furia, más clara se volvía mi mente, y no podía dejar de ver lo que hacía. No puedo decir que sabía de antemano lo que haría, pero en el momento en que actué, y me parece que incluso un poco antes, sabía lo que estaba haciendo, como para hacer posible el arrepentimiento y poder decir más tarde que podría haberme detenido.

"Sabía que había asestado el golpe entre las costillas y que el puñal había entrado.

"En el segundo en que lo hice, sabía que estaba realizando un acto horrible, como nunca había realizado, un acto que tendría consecuencias espantosas. Mi pensamiento fue rápido como un rayo, y el acto siguió inmediatamente. El acto, para mi sentido interno, tuvo una claridad extraordinaria. Percibí la resistencia del corsé y luego algo más, y luego el hundimiento del cuchillo en una sustancia blanda. Ella agarró el puñal con las manos y se cortó con él, pero no pudo detener el golpe.

"Mucho tiempo después, en prisión, cuando se había producido en mí la revolución moral, pensé en ese minuto, lo recordé tanto como pude y coordiné todos los cambios repentinos. Recordé la terrible conciencia que sentí, de que estaba matando a una esposa, A MI esposa.

"Recuerdo bien el horror de esa conciencia y sé vagamente que, después de haber hundido el puñal, lo saqué de nuevo inmediatamente, deseando reparar y detener mi acción. Ella se enderezó y gritó:

"¡Niñera, él me ha matado!"

"La vieja niñera, que había oído el ruido, estaba parada en la puerta. Yo todavía estaba de pie, esperando y sin creer en lo que había sucedido. Pero en ese momento, debajo de su corsé, brotó la sangre. Solo entonces entendí que toda reparación era imposible y decidí rápidamente que ni siquiera era necesaria, que todo había sucedido según mi deseo y que había cumplido mi deseo. Esperé hasta que ella cayó y hasta que la niñera, exclamando '¡Oh, Dios mío!', corrió hacia ella; solo entonces arrojé el puñal y salí de la habitación.

"No debo alterarme. Debo ser consciente de lo que estoy haciendo', me dije a mí mismo, sin mirar ni a ella ni a la vieja niñera. Esta última gritaba y llamaba a la criada. Pasé por el pasillo y, después de haber enviado a la criada, me dirigí a mi estudio.

"¿Qué debo hacer ahora?" me pregunté."

"Y de inmediato entendí lo que debía hacer. Justo después de entrar en el estudio, fui directamente a la pared, tomé el revólver y lo examiné atentamente. Estaba cargado. Luego lo coloqué sobre la mesa. Después recogí la funda del puñal, que había caído detrás del sofá, y luego me senté. Permanecí así durante mucho tiempo. No pensé en nada, no intenté recordar nada. Oí un ruido amortiguado de pasos, un movimiento de objetos y tapices, luego la llegada de una persona y luego la llegada de otra persona. Luego vi a Gregor traer a mi habitación el equipaje del ferrocarril; ¡como si alguien lo necesitara!

"¿Has oído lo que ha pasado?' le pregunté. '¿Has dicho al dvornik que informe a la policía?"

"No hizo respuesta y salió. Me levanté, cerré la puerta, tomé los cigarrillos y las cerillas y comencé a fumar. No había terminado un cigarrillo,

cuando un sentimiento de somnolencia se apoderó de mí y me sumió en un sueño profundo. Seguramente dormí dos horas. Recuerdo haber soñado que estaba en buenos términos con ella, que después de una pelea estábamos en el acto de reconciliarnos, que algo lo impedía, pero que éramos amigos de todos modos.

"Un golpe en la puerta me despertó.

"'Es la policía', pensé, al abrir los ojos. 'He matado, creo. Pero quizás sea ELLA; quizás no ha pasado nada.'

"Otro golpe. No respondí. Estaba resolviendo la pregunta: '¿Ha pasado o no? Sí, ha pasado.'

"Recordé la resistencia del corsé y luego... 'Sí, ha pasado. Sí, ha pasado. Sí, ahora debo ejecutarme', me dije a mí mismo.

"Lo dije, pero sabía bien que no me mataría. Sin embargo, me levanté y tomé el revólver, pero, cosa extraña, recordé que anteriormente había tenido muy a menudo ideas suicidas, que esa misma noche, en el tren, me había parecido fácil, especialmente fácil porque pensé en cómo la aturdiría. Ahora no solo no podía matarme, sino que ni siquiera podía pensar en ello.

"'¿Por qué hacerlo?' me pregunté a mí mismo, sin responder.

"Otro golpe en la puerta.

"'Sí, pero primero debo saber quién está llamando. Tengo tiempo suficiente'."

"Dejé el revólver sobre la mesa y lo escondí debajo de mi periódico. Fui a la puerta y descorrí el cerrojo.

"Era la hermana de mi esposa, una viuda buena y estúpida.

"'Basilio, ¿qué significa esto?' dijo ella, y sus lágrimas, siempre a punto, comenzaron a fluir.

"'¿Qué quieres?' pregunté bruscamente.

"Vi claramente que no había necesidad de ser brusco con ella, pero no podía hablar de otra manera.

"'Basilio, ella se está muriendo. Iván Fiódorovich lo dice.'

"Iván Fiódorovich era el médico, SU médico, su consejero.

"¿Está aquí?' pregunté.

"Y todo mi odio hacia ella resurgió de nuevo.

"Bueno, ¿y qué?

"Basilio, ve a verla. ¡Ah, qué terrible es!" dijo ella.

"¿Ir a verla?" me pregunté a mí mismo; y de inmediato me respondí que debía ir, que probablemente eso era lo que se suele hacer cuando un esposo como yo mata a su esposa, que era absolutamente necesario que fuera a verla.

"Si eso es lo correcto, debo ir", me repetí a mí mismo. 'Sí, si es necesario, todavía tendré tiempo', me dije a mí mismo, pensando en mi intención de volarme los sesos.

"Y seguí a mi cuñada. 'Ahora van a venir frases y gestos, pero no cederé', me declaré a mí mismo.

"Espera", le dije a mi cuñada, 'es estúpido estar sin botas. Permíteme al menos ponerme las pantuflas'."

## CAPÍTULO XXVIII

"¡Qué extraño! Nuevamente, cuando salí de mi estudio y pasé por las habitaciones familiares, volvió a mí la esperanza de que nada había sucedido. Pero el olor de los medicamentos, yodoformo y ácido fénico, me devolvió a la realidad.

"No, todo ha sucedido."

"Al pasar por el pasillo, junto a la habitación de los niños, vi a la pequeña Lise. Me miraba con ojos llenos de miedo. Incluso pensé que todos los niños me miraban. Al acercarme a la puerta de nuestro dormitorio, un sirviente la abrió desde dentro y salió. Lo primero que noté fue su vestido gris claro sobre una silla, todo oscuro por la sangre. En nuestra cama común yacía ella, con las rodillas encogidas.

"Estaba tendida muy alta, sobre almohadas, con la camisa medio abierta. Se había colocado lino sobre la herida. Un fuerte olor a yodoformo llenaba la habitación. Antes que nada, me asombró su rostro, que estaba hinchado y amoratado bajo los ojos y sobre una parte de la nariz. Este era el resultado del golpe que le había dado con el codo, cuando intentó detenerme. De la belleza no quedaba rastro. Vi algo horrendo en ella. Me detuve en el umbral.

"Acércate, acércate a ella", dijo su hermana.

"Sí, probablemente se arrepiente", pensé; "¿debería perdonarla? Sí, se está muriendo, debo perdonarla", añadí, tratando de ser generoso.

"Me acerqué a la cama. Con dificultad levantó los ojos, uno de los cuales estaba hinchado, y pronunció estas palabras entrecortadamente:

"Has logrado lo que deseabas. Me has matado."

"Y en su rostro, a través de los sufrimientos físicos, a pesar de la cercanía de la muerte, se expresaba el mismo viejo odio, tan familiar para mí.

"Los niños... no te los daré... de todos modos. Ella (su hermana) se hará cargo de ellos!..."

"Pero de lo que yo consideraba esencial, de su falta, de su traición, uno diría que no consideró necesario decir ni una palabra.

"Sí, regocíjate en lo que has hecho."

"Y ella sollozó."

"En la puerta estaba su hermana con los niños.

"Sí, mira lo que has hecho."

"Eché un vistazo a los niños y luego a su rostro amoratado e hinchado, y por primera vez me olvidé de mí mismo (mis derechos, mi orgullo) y por primera vez vi en ella a un ser humano, a una hermana.

"Y todo lo que un momento antes me había ofendido tanto ahora me parecía tan insignificante, toda esta celosía, y, por el contrario, lo que había hecho me parecía tan importante que sentí ganas de inclinarme, acercar mi rostro a su mano y decir:

"¡Perdóname!"

"Pero no me atreví. Ella estaba en silencio, con los párpados bajos, evidentemente sin fuerzas para hablar más. Luego su rostro deformado comenzó a temblar y encogerse, y ella me empujó débilmente.

"¿Por qué ha pasado todo esto? ¿Por qué?"

"Perdóname', dije.

"Sí, si no me hubieras matado', gritó de repente, y sus ojos brillaron febrilmente. 'El perdón no es nada... ¡Si tan solo no muriera! ¡Ah, has logrado lo que deseabas! ¡Te odio!"

"Luego deliró. Estaba asustada y gritó:



"Fuego, no tengo miedo... pero golpéalos a todos... Él se ha ido... Se ha ido'...

"El delirio continuó. Ya no reconocía a los niños, ni siquiera a la pequeña Lise, que se había acercado. Hacia el mediodía murió. En cuanto a mí, fui arrestado antes de su muerte, a las ocho de la mañana. Me llevaron a la estación de policía y luego a la prisión, y allí, durante once meses, esperando el veredicto, reflexioné sobre mí mismo y sobre mi pasado, y lo entendí. Sí, empecé a entender desde el tercer día. El tercer día me llevaron a la casa" ...

Posdnicheff pareció querer agregar algo, pero, sin tener ya la fuerza para reprimir sus sollozos, se detuvo. Después de unos minutos, habiendo recuperado la calma, continuó:

"Solo empecé a entender cuando la vi en el ataúd" ...

Soltó un sollozo y luego continuó inmediatamente, con prisa:

"Solo entonces, cuando vi su rostro muerto, entendí todo lo que había hecho. Entendí que fui yo, yo, quien la había matado. Entendí que yo era la causa de que ella, que había sido un ser en movimiento, vivo, palpitante, ahora se había convertido en algo inmóvil y frío, y que no había forma de reparar esto. Quien no haya vivido eso no puede entenderlo."

Nos quedamos en silencio durante mucho tiempo. Posdnicheff sollozaba y temblaba frente a mí. Su rostro se había vuelto delicado y largo, y su boca se había agrandado.

"Sí", dijo de repente, "si hubiera sabido lo que ahora sé, nunca me habría casado con ella, nunca, por nada".

Nuevamente permanecemos en silencio durante mucho tiempo.

"Sí, eso es lo que he hecho, esa es mi experiencia. Debemos entender el verdadero significado de las palabras del Evangelio, Mateo, V. 28, 'que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla ya ha cometido adulterio'; y estas palabras se refieren a la esposa, a la hermana, y no solo a la esposa de otro, sino especialmente a la propia esposa."

FIN



# LECCIÓN DE "LA SONATA A KREUTZER"

He recibido, y sigo recibiendo, numerosas cartas de personas que me son completamente desconocidas, pidiéndome que exprese en un lenguaje claro y sencillo mis propias opiniones sobre el tema tratado en la historia titulada "La Sonata a Kreutzer". Con esta solicitud, ahora me esforzaré por cumplir.

Mis opiniones sobre la cuestión pueden resumirse de la siguiente manera: Sin entrar en detalles, se admitirá generalmente que soy preciso al decir que muchas personas toleran en los jóvenes un comportamiento con respecto al otro sexo que es incompatible con una estricta moralidad, y que esta disolución es generalmente perdonada. Tanto los padres como el gobierno, como consecuencia de esta visión, pueden decirse que hacen la vista gorda ante la disipación e incluso en el último recurso alientan su práctica. Opino que esto no está bien.

No es posible que la salud de una clase necesite la ruina de otra, y, en consecuencia, nuestro primer deber es hacer oídos sordos a tal doctrina esencialmente inmoral, sin importar cuán firmemente la sociedad la haya establecido o la ley la haya protegido. Además, debe reconocerse plenamente que los hombres deben ser considerados responsables de las consecuencias de sus propios actos y que estas ya no deben recaer solo en la mujer. De esto se deduce que es deber de los hombres que no desean llevar una vida de infamia practicar tal continencia respecto a todas las mujeres como lo harían si la sociedad femenina en la que se mueven estuviera compuesta exclusivamente por sus propias madres y hermanas.

Se debe adoptar un modo de vida más racional que incluya la abstinencia de todas las bebidas alcohólicas, el exceso en la alimentación y la carne, por un lado, y recurrir al trabajo físico por el otro. No hablo de gimnasia, ni de ninguna de esas ocupaciones que pueden describirse adecuadamente como jugar a trabajar; me refiero al auténtico trabajo que fatiga. No es necesario ir lejos en busca de pruebas de que este tipo de vida abstemia no solo es posible, sino mucho menos perjudicial para la salud que el exceso. Hay cientos de casos conocidos por todos. Esta es mi primera afirmación.

En segundo lugar, creo que en los últimos años, por diversas razones que no necesito mencionar, pero entre las cuales se puede mencionar la laxitud de opinión en la sociedad y la idealización frecuente del tema en la literatura y la pintura actuales, la infidelidad conyugal se ha vuelto más común y se considera menos reprobable. Opino que esto no está bien. El origen del mal es doble. Se debe, en primer lugar, a un instinto natural y, en segundo lugar, a la elevación de este instinto a un lugar al que no pertenece legítimamente. Siendo así, el mal solo puede remediarse efectuando un cambio en las opiniones ahora en boga sobre "enamorarse" y todo lo que este término implica, educando a hombres y mujeres en casa a través de la influencia y el ejemplo familiar, y en el exterior mediante una opinión pública saludable, para practicar esa abstinencia que tanto la moralidad como el cristianismo exigen. Esta es mi segunda afirmación.

En tercer lugar, opino que otra consecuencia de la falsa luz en la que se ve el "enamorarse" y a lo que conduce en nuestra sociedad, es que el nacimiento de los hijos ha perdido su significado original y que los matrimonios modernos se conciben cada vez menos desde el punto de vista de la familia. Opino que esto no está bien. Esta es mi tercera afirmación.

En cuarto lugar, opino que los hijos (que en nuestra sociedad se consideran un obstáculo para el disfrute, una especie de accidente desafortunado) se educan no con vistas al problema al que un día serán llamados a enfrentar y resolver, sino únicamente con el objetivo del placer que puedan proporcionar a sus padres. La consecuencia es que los hijos de los seres humanos se crían como si fueran animales, siendo el principal cuidado de sus padres no entrenarlos para el trabajo digno de hombres y mujeres, sino aumentar su peso, o agregar un codo a su estatura, hacerlos pulcros, lustrosos, bien alimentados y atractivos. Los visten con todo tipo de trajes fantásticos, los lavan, los sobrealimentan y se niegan a hacerlos trabajar. Si los hijos de

las clases bajas difieren en este último aspecto de los de las clases acomodadas, la diferencia es meramente formal; trabajan por pura necesidad, y no porque sus padres reconozcan el trabajo como un deber. Y en los niños sobrealimentados, como en los animales sobrealimentados, la sensualidad se engendra de manera antinaturalmente temprana.

La moda actual en el vestir, el curso de la lectura, las obras de teatro, la música, los bailes, la comida deliciosa, todos los elementos de nuestra vida moderna, en una palabra, desde las imágenes en las pequeñas cajas de golosinas hasta la novela, el cuento y el poema, contribuyen a avivar esta sensualidad en una llama fuerte y devoradora, con el resultado de que los vicios y enfermedades sexuales han llegado a ser las condiciones normales del período de tierna juventud, y a menudo continúan en la edad más madura de la plena virilidad. Y opino que esto no está bien.

Ya es hora de que cese. Los hijos de los seres humanos no deben criarse como si fueran animales; y deberíamos establecer como objetivo y esforzarnos por mantener como resultado de nuestros esfuerzos algo mejor y más noble que un cuerpo bien vestido. Esta es mi cuarta afirmación.

En quinto lugar, opino que, debido a la exagerada e incorrecta importancia atribuida por nuestra sociedad al amor y a los estados idealizados que lo acompañan y suceden, las mejores energías de nuestros hombres y mujeres se despliegan y agotan durante el período más prometedor de la vida; las de los hombres en el trabajo de buscar, elegir y ganar los objetos más deseables del amor, para lo cual se considera que la mentira y el fraude son perfectamente excusables; las de las mujeres y las niñas en atraer a los hombres y engañarlos en enlaces o matrimonios por los medios más cuestionables concebibles, como ejemplo de lo cual pueden citarse las modas actuales en vestidos de noche. Opino que esto no está bien.

La verdad es que todo el asunto ha sido exaltado por poetas y novelistas a una importancia indebida, y que el amor en sus diversos desarrollos no es un objeto adecuado para consumir las mejores energías de los hombres. La gente lo pone delante de ellos y se esfuerza por alcanzarlo, porque su visión de la vida es tan vulgar y brutal como esa otra concepción frecuentemente encontrada en los niveles más bajos de desarrollo, que ve en la comida deliciosa y abundante un fin digno de los mejores esfuerzos del hombre. Ahora, esto no está bien y no debería hacerse. Y, para evitar hacerlo, solo es nece-

sario darse cuenta del hecho de que cualquier cosa que verdaderamente merece ser considerada como un objeto digno de los esfuerzos y el trabajo del hombre, ya sea el servicio a la humanidad, a su país, a la ciencia, al arte, por no hablar del servicio a Dios, está muy por encima y más allá de la esfera del disfrute personal. Por lo tanto, se sigue que no solo formar un enlace, sino incluso contraer matrimonio, es, desde un punto de vista cristiano, no un progreso, sino una caída. El amor, y todos los estados que lo acompañan y siguen, por mucho que intentemos en prosa y verso demostrar lo contrario, nunca facilitan y nunca pueden facilitar la consecución de un objetivo digno de los hombres, sino que siempre lo hacen más difícil. Esta es mi quinta afirmación.

¿Qué pasa con la raza humana? Si admitimos que el celibato es mejor y más noble que el matrimonio, evidentemente la raza humana llegará a su fin. Pero, si la conclusión lógica del argumento es que la raza humana se extinguirá, todo el razonamiento está equivocado.

A eso respondo que el argumento no es mío; no lo inventé. Que le incumbe a la humanidad esforzarse de tal manera, y que el celibato es preferible al matrimonio, son verdades reveladas por Cristo hace 1.900 años, expuestas en nuestros catecismos y profesadas por nosotros como seguidores de Cristo.

Se argumenta que la castidad y el celibato no pueden constituir el ideal de la humanidad, porque la castidad aniquilaría a la raza que se esforzara por realizarlo, y la humanidad no puede establecer como su ideal su propia aniquilación. Se puede señalar en respuesta que solo es un verdadero ideal aquel que, al ser inalcanzable, admite una gradación infinita en grados de proximidad. Tal es el ideal cristiano de la fundación del reino de Dios, la unión de todas las criaturas vivas por los lazos del amor. La concepción de su realización es incompatible con la concepción del movimiento de la vida. ¿Qué clase de vida podría subsistir si todas las criaturas vivas estuvieran unidas por los lazos del amor? Ninguna. Nuestra concepción de la vida está inseparablemente ligada a la concepción de un esfuerzo continuo hacia un ideal inalcanzable.

Pero incluso si suponemos que se realiza el ideal cristiano de castidad perfecta, ¿qué pasa entonces? Simplemente nos encontraríamos frente a frente, por un lado, con la enseñanza familiar de la religión, uno de cuyos

dogmas es que el mundo tendrá un fin; y por otro, con la llamada ciencia, que nos informa que el sol está perdiendo gradualmente su calor, cuyo resultado será con el tiempo la extinción de la raza humana.

Ahora bien, no existe ni puede existir tal institución como el matrimonio cristiano, así como no puede haber algo como una liturgia cristiana (Mateo vi. 5-12; Juan iv. 21), ni maestros cristianos, ni padres de la iglesia (Mateo xxiii. 8-10), ni ejércitos cristianos, tribunales de justicia cristianos, ni Estados cristianos. Esto es lo que siempre fue enseñado y creído por los verdaderos cristianos de los primeros siglos y siguientes. El ideal de un cristiano no es el matrimonio, sino el amor a Dios y al prójimo. En consecuencia, a los ojos de un cristiano, las relaciones matrimoniales no solo no constituyen un estado legal, correcto y feliz, como nuestra sociedad y nuestras iglesias mantienen, sino que, por el contrario, siempre son una caída.

Tal cosa como el matrimonio cristiano nunca fue y nunca podría ser. Cristo no se casó, ni estableció el matrimonio; tampoco lo hicieron sus discípulos. Pero si el matrimonio cristiano no puede existir, sí existe una visión cristiana del matrimonio. Y así es como puede formularse: Un cristiano (y con este término entiendo no a aquellos que se llaman cristianos simplemente porque fueron bautizados y todavía reciben el sacramento una vez al año, sino a aquellos cuyas vidas están formadas y reguladas por las enseñanzas de Cristo), digo, no puede ver la relación matrimonial de otra manera que como una desviación de la doctrina de Cristo, como un pecado. Esto se establece claramente en Mateo v. 28, y la ceremonia llamada matrimonio cristiano no altera su carácter ni un ápice. Por lo tanto, un cristiano nunca deseará el matrimonio, sino que siempre lo evitará.

Si la luz de la verdad amanece sobre un cristiano cuando ya está casado, o si, siendo cristiano, por debilidad entra en relaciones matrimoniales con las ceremonias de la iglesia, o sin ellas, no tiene otra alternativa que permanecer con su esposa (y la esposa con su esposo, si es ella quien es cristiana) y aspirar juntos a liberarse de su pecado. Esta es la visión cristiana del matrimonio; y no puede haber otra para un hombre que honestamente trata de moldear su vida de acuerdo con las enseñanzas de Cristo.

Para muchas personas, los pensamientos que he expresado aquí y en "La Sonata a Kreutzer" les parecerán extraños, vagos, incluso contradictorios. Ciertamente contradicen, no entre sí, sino todo el tenor de nuestras vidas, e

involuntariamente surge la duda: "¿de qué lado está la verdad? ¿Del lado de los pensamientos que parecen verdaderos y bien fundamentados, o del lado de las vidas de los demás y la mía propia?" Yo también estuve agobiado por esa misma duda al escribir "La Sonata a Kreutzer". No tenía ni el más mínimo presentimiento de que el tren de pensamientos que había iniciado me llevaría adonde lo hizo. Me aterró mi propia conclusión, y al principio estaba dispuesto a rechazarla, pero era imposible no escuchar la voz de mi razón y mi conciencia. Y así, aunque puedan parecer extrañas a muchos, opuestas como indudablemente están a la tendencia y tenor de nuestras vidas, e incompatibles como pueden resultar con lo que he pensado y expresado anteriormente, no tengo más remedio que aceptarlas. "Pero el hombre es débil", objetarán las personas. "Su tarea debe ser regulada por su fuerza".

Esto equivale a decir: "Mi mano es débil. No puedo trazar una línea recta, es decir, una línea que sea la más corta entre dos puntos dados, y así, para facilitar mi tarea, yo, con la intención de trazar una recta, elegiré como modelo una línea torcida".

Cuanto más débil sea mi mano, mayor será la necesidad de que mi modelo sea perfecto.

LEO TOLSTOI.



**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**